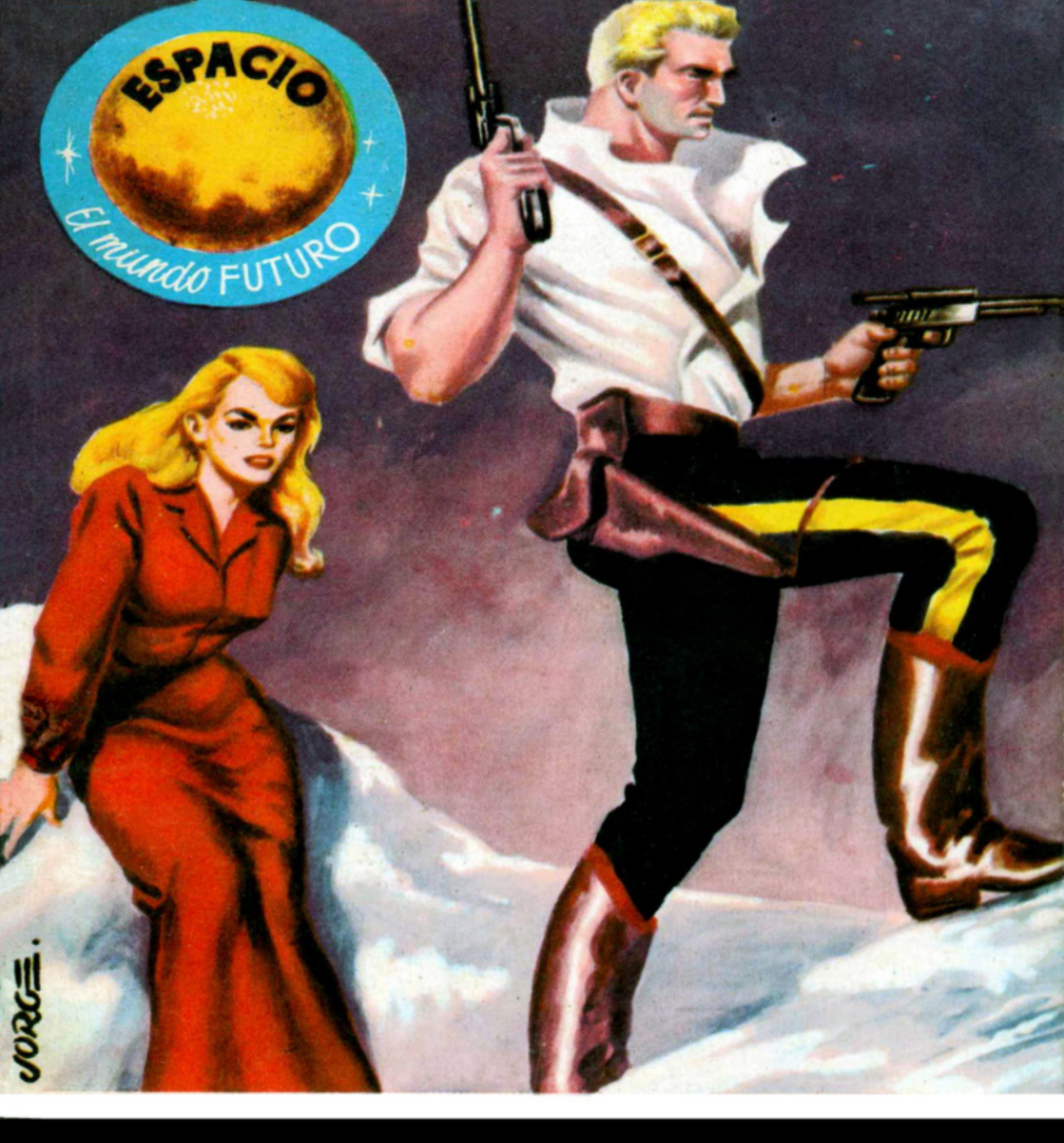


LAS MOSCAS

JOHNNY GARLAND

LAS MOSCAS

Colección ESPACIO

LAS MOSCAS

por

Johnny Garland

o-O-o

EDICIONES TORAY S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Ediciones TORAY. S. A. - 1959

Depósito legal: B. 11.894 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

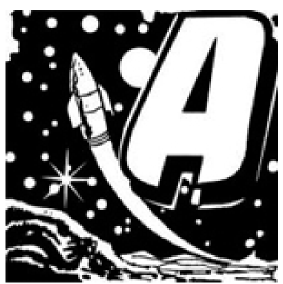
PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

«SPACE - PATROL»



LGUNA orden, teniente Orval?

—Ninguna especial, Dorae. Volvemos a la base.

—Bien, señor.

El piloto hizo girar la pequeña rueda roja. El rumbo de la nave varió por completo. Las negruras de otros espacios quedaron atrás. Regresaron a la luz familiar y cercana de la Tierra y de sus soles artificiales.

Marko Orval suspiró. Siempre era agradable volver a casa. El espacio era hermoso y apasionante. Pero no para él, que lo recorría habitualmente por obligación. Prefería asomarse a la plataforma de su vivienda y mirar a los cielos cuajados de astros. Ver pasar sobre el azul las estelas luminosas de las patrullas siderales, contemplar el brillo cegador de los soles artificiales enviados al espacio por el hombre, para multiplicar la luz y la energía solares que habían suplido al carbón, petróleo y tantas otras formas de energía terrestre.

Hubo un tiempo en que todo esto hubiera parecido imposible, un sueño calenturiento de alguien influenciado por lecturas futuristas. Pero de eso hacía ya muchos siglos. Entre los años 1950 y 2000, la Tierra había iniciado la conquista de los cielos, lo decían los libros de Historia y en las «visiomecas» podía asistirse aún a la proyección en las pantallas de mano de sucesos de aquel remoto siglo XX, en que se iniciaran los saltos al espacio.

Orval sonrió, bajo su blanco casco dotado de escafandra vidriosa plegable, mientras mantenía bajo su control el rumbo exacto de la nave. Un desvío de una milla significaba luego miles de millas de alejamiento de la base de aterrizaje.

Sonreía evocando aquellas viejas historias de la Humanidad. En seiscientos años la vida sobre la Tierra había cambiado tanto, que pensar en el siglo XX resultaba infantil. Ellos no pudieron soñar con esto. Con los soles artificiales, con las estaciones de los espacios, con las patrullas siderales o con los viajes a Júpiter y Saturno. ¿O acaso sí?

Orval frunció el ceño. Los científicos habían pensado en todo eso por entonces. También los escritores, estos ayudados por algo mucho más elástico y fácil que la Ciencia: su propia imaginación creadora, que no podía reconocer límites.

Sólo que ahora no eran teorías. Ni relatos imaginativos. El hombre llegaba a todas partes, había logrado demostrar a muchos físicos y matemáticos de entonces lo erróneo de sus teorías incontrovertibles. La velocidad de la luz podía rebasarse, sin necesidad de alcanzar una masa infinita en el desplazamiento. Todo seguía igual. La materia llegaba adonde quisiese. Y las velocidades eran inauditas.

—Parece pensativo, señor. ¿Le preocupa algo?

—¿Preocuparme? —Marko Orval sonrió, abandonando sus pensamientos —. Oh, no, Dorae. Simplemente, pasaba lista a cosas del pasado. A veces, yo mismo me asombro del punto adonde hemos llegado.

Dorae asintió. Era un muchacho joven y fornido. Su ayudante ideal en las patrullas de vigilancia. Siempre se podía confiar en Dorae. Su fuerza, astucia y valor corrían parejas con su charla fácil y su inteligencia despierta. Era un buen piloto y un perfecto soldado. Orval no se desharía nunca de él por su gusto.

—Todavía se llegará mucho más lejos —dijo Dorae con acento reflexivo —. He oído decir que el profesor Svor ha alcanzado el éxito con su máquina de captación y absorción de los reflejos mentales.

—Eso es algo terrible, de ser cierto.

—Por supuesto, señor. Pero puede ser de gran utilidad, bien orientado. Un ingenio capaz de absorber y anular los reflejos de la mente, capaz de anular la inteligencia del ser vivo y adaptarla a la voluntad del manipulador de la máquina, significaría la posibilidad de regenerar a los delincuentes, de someter dócilmente a los más fieros animales, de reducir rebeliones y de acabar con las guerras entre los pueblos.

—¿Y... mal orientado? —sugirió lentamente Orval, con la mirada en la pantalla ovalada de la televisión de a bordo.

—Un desastre, teniente —admitió el piloto—. Sería el fin de todo, puesto que la mente rige los destinos del hombre. Y el hombre, los destinos del mundo, incluso de los mundos circundantes.

—Es cierto —suspiró Orval, comprobando por el control automático que la nave de patrulla se desviaba unos grados, vencida por la ligera atracción marciana. Logró rectificar la posición, siempre directo hacia la Tierra. Sus ojos miraron a través del televisor exterior la forma esférica y roja del planeta antaño misterioso—. Ahí tienes a Marte —continuó—. En un tiempo se creyó que lo habitaban seres inteligentes y poderosos que enviaban naves de observación a la Tierra. Hasta no pisar la atormentada tierra marciana, nadie supo que sus ciudades y sus países habían sido extinguidos por un cataclismo nuclear en el pasado, y que los fantásticos «platillos volantes» vistos a lo largo de casi diez siglos, no eran sino viajeros inteligentes de un mundo mucho más lejano, sobrevivientes también a un cataclismo.

—Puede decirse que hoy, en el Sistema Solar, únicamente existimos nosotros como seres vivos y dotados de inteligencia.

—Cierto —asintió Orval, riendo—. No pueden considerarse como tales las bestias surgidas en Venus, o los reptiles y saurios que hoy se arrastran por Marte y Júpiter.

La conversación languideció al penetrar la nave en un campo de meteoritos. Eludieron limpiamente un alud de pequeños corpúsculos brillantes, cualquiera de los cuales, al choque con el vehículo sideral de rojo fuselaje, bandera azul con las siglas S. P. (Space Patrol), y reactores nucleares a fusión, hubiese podido provocar la destrucción de la nave al perforar su durísima capa de metal refractario a todas las temperaturas y velocidades.

Orval comprobó la velocidad de la nave, después de cruzar el campo de meteoros. No sobrepasaban las cinco mil millas por minuto, ya que tampoco era necesaria mayor velocidad ahora, pues se encontraban en las cercanías de la Tierra.

—Es agradable volver a casa, teniente —dijo Dorae tras un silencio—. Cuando uno se encuentra tan lejos de ella, parece que nunca vaya a regresar. ¿No le ocurre a usted lo mismo?

—Yo no estoy casado, Dorae —sonrió Marko Orval—. Eso influye mucho en uno, aunque confieso que también me gusta volver a pisar tierra.

—¿Y no piensa casarse nunca?

—No. Considero que un oficial de las Patrullas Siderales no debe nunca ligar su vida a la de una mujer. Nuestra labor es más propia de hombres libres e independientes, sin nadie que nos espere con angustia o con temor.

—Mi mujer teme siempre, pero también confía en mi suerte y mi pericia, señor.

—A pesar de ello, tu mujer sería feliz si te ocuparas en otra cosa, Dorae. No te quepa duda de que es así.

—Difícilmente cambiaré mi profesión —miró casi amorosamente los mandos e instrumentos de a bordo, extendidos ante el blanco tablero metálico situado ante él—. Me gusta esto, señor.

—Y a mí —suspiró Orval—. Eso es lo malo, Dorae...

En aquel momento, el zumbador magnético de la telerradio dejó oír su peculiar llamada. Seis zumbidos breves, tres largos, tres breves y otros cuatro largos.

—Llama el Cuartel General —recitó contrariado Dorae—. ¿No se nos aguará la fiesta?

—Todo es posible cuando llama el «viejo» —rió Marko, conectando los micrófonos y la imagen.

Apareció el rostro anciano, bondadoso y bronceado, que enmarcaba la leonina cabellera blanca. El uniforme, también blanco, con galones azules e insignias de plata, se cerraba en torno a su poderoso cuello.

—A la orden, señor —dijo Orval respetuoso—. El SP-117 contesta al Cuartel General de Vigilancia Interplanetaria. ¿Alguna orden, señor?

—Sí, teniente Orval. Aquí el coronel Voros, del Alto Mando Aéreo. Hay órdenes. Importantes y muy urgentes.

—Escucho, señor —el rostro firme, broncíneo y apuesto del joven teniente no expresó nada.

Sus ojos azules se clavaron en la pantalla visora, y al mover ligeramente la cabeza, su cabello dorado se agitó suavemente.

—La Estación Espacial 19 no contesta a nuestras llamadas frecuentes. Quiero que se desvíe unos grados de su ruta normal y haga un alto en dicha estación, después de comprobar que no hay peligro en hacerlo así. Luego investigue las causas del silencio de su personal y remita informe inmediato.

—A la orden, señor.

—¿Todo perfectamente comprendido?

—Comprendido sin objeciones. Comunicaré cada diez minutos con el Cuartel General, señor. Cualquier interrupción en esas llamadas implicará una anormalidad y será señal de que algo nos ocurre también a nosotros. ¿Comprendido todo, señor?

El coronel asintió:

—Todo, teniente. Corto.

Se borró la imagen y cesó de zumbar el llamador magnético. Orval comprobó la hora exacta en su cronófono. Era el microemisor de emergencia, el que podía utilizarse en casos de gran apuro, simplemente, utilizando la antena y energía de la flexible varilla de iono que remataba su casco blanco, por conexión automática a través de las ondas del aire o en pleno vacío.

Cada diez minutos daría sus informes al Cuartel General, para evitar riesgos. Sí, pasado uno de esos intervalos el SP-117 no enviaba el mensaje, era señal de que algo iba mal, y desde la Tierra enviarían en el acto patrullas de refuerzo.

—Ya has oído, Dorae —indicó a su ayudante—. Inclina el rumbo doce

grados al oeste sudoeste. Vamos a la Estación 19, situada ahora entre las constelaciones de Lyra y Dragón, desde el punto visual terrestre. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor —asintió el piloto, girando el indicador graduado hasta el punto exacto requerido.

En la pantalla celeste luminosa situada sobre sus cabezas, el trazo rojo que iba señalando la trayectoria del SP-117, se desvió al oeste sudoeste, directamente hacia Lyra y Dragón, en el horizonte oeste de las constelaciones otoñales, en las latitudes del Medio Norte.

—Rumbo fijado. Velocidad, seis mil millas por minuto —dijo el piloto.

—Dobla la velocidad. Es urgente.

—Pero, teniente, hay numerosos campos de meteoritos...

—Los afrontaremos. Cuando el «viejo» dice que algo es importante y que urge es señal de que está preocupado. Y el «viejo» no se preocupa por cualquier cosa, tú lo sabes.

Dorae asintió. Sí, lo sabía. Por eso dobló la velocidad sin replicar más, y poco después, nada más enviar Marko Orval su segundo informe al Cuartel General, la triplicaba a indicaciones del oficial, sin objeciones por su parte.

El SP-117, un bólido rojo y centelleante en la negrura del vacío, se lanzó como una simple chispa escarlata hacia su destino: la Estación del Espacio número 19, una de aquellas colosales plataformas circulares lanzadas por el hombre al vacío, y convertidas así en satélites artificiales de ilimitada duración, que eran como estaciones intermedias entre la Tierra y los planetas.

Cada Estación contaba con una tripulación especializada de treinta a cuarenta hombres perfectamente equipados. Los proyectiles-cohetes de vigilancia, así como las naves planetarias de viajes y exploraciones científicas o militares, acostumbraban a repostar allí. De su perfecto funcionamiento, control y eficiencia, dependían muchas vidas, y la perfecta sincronía del nuevo sistema de enlace interplanetario.

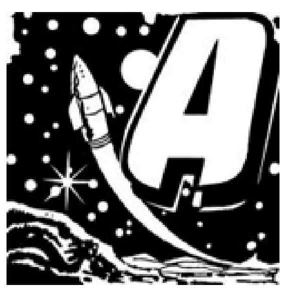
Y una de las Estaciones, por vez primera en su historia, no respondió a las llamadas habituales de la Tierra. La Estación 19.

¿Qué ocurría en ella?

Es lo que el teniente Marko Orval y su ayudante Dorae tenían por misión averiguar, antes de volver a posar sus plantas en la Tierra...

CAPÍTULO II

ESTACIÓN 19



veinte mil millas de uno de los gigantescos «espejos solares» —o soles artificiales— lanzados por los terrestres al espacio, describía su órbita inconmovible la Estación 19.

El SP-117 dejó atrás la colosal lámina cóncava de sodio metálico que refractaba los rayos solares, dotándolos de fuerza y energía concentradas, y enfiló la rueda gigante de la Estación Espacial. Su cuerpo metálico y azul flotaba ante sus ojos, como el resto de un ciclópeo vehículo cuyas piezas aparecieran dispersas por los cielos tras un cataclismo fabuloso.

Pronto se acercaron.

—Aterrizaje, Dorae —fue la seca orden de Orval, fija la mirada en la pantalla.

El piloto asintió, empuñando con firmeza los complicados mandos de la nave estelar. En su propio asiento, Orval sujetaba también sus controles, por si Dorae, por algún imprevisible fallo humano, no era capaz de controlar el rumbo y la maniobra de reducción de velocidad y aterrizaje.

Pero Dorae era experto en tales lides. El SP-117 tomó suavemente la curva descendente. Unos segundos después las compuertas accionadas automáticamente por los ojos magnéticos interiores de la Estación, se abrieron como fauces de metal, dejando entrar a la nave en su diámetro central, cilíndrico y enorme.

Lentamente, se redujo la marcha del cohete hasta la inmovilidad total, a lo largo del interminable túnel circular de brillante luminosidad azul, tersos muros curvados y deslizante rampa que terminaba en una gran nave central, de alta cúpula, y que marcaba justamente el centro del satélite artificial de la Tierra, el eje de la rueda del espacio.

Dorae frenó finalmente el vehículo sobre los amplios raíles que después, en forma automática, se alzarían para disparar el cohete de nuevo al espacio, a través de la abertura corrediza de la cúpula semicircular.

Todo allí dentro era perfecto, organizado y mecánico, porque de su exacto funcionamiento, de su ajustada labor, dependía siempre el éxito de todo viaje

espacial.

—Hemos llegado —anunció Dorae. Miró a través de los visores, que le mostraban la amplísima cámara de metal azulado brillante, dotada de una iluminación indirecta sin zonas de sombra—. Pero ¿ha observado eso, teniente? Hay algo raro aquí...

—Lo he observado —contestó Orval sombríamente—. No hay nadie. Tendría que haber dos hombres en esta nave de aprovisionamiento y despegue. Pero no hay nadie. Y eso no me gusta.

—¿Qué puede ocurrirles?

—Tal vez tengan alguna dificultad. Sea lo que sea, voy a averiguarlo en el acto.

Sin vacilar, desenfundó su pistola electrónica, de corto cañón y cilíndrica empuñadura. Dorae hizo ademán de seguirle.

—¿Llevamos armas, teniente? —interpeló.

—No, Dorae. «Llevo» arma.

—¿Y yo no?

—No. Tú te quedas aquí, en el aparato.

—¿Aquí dentro? —hizo un ademán de protesta y contrariedad—. ¡Oh, no...!

—Es una orden, Dorae. No sabemos lo que sucede a bordo de esta Estación. Mientras lo compruebo yo, tú no te moverás de los mandos, y mantendrás contacto constante conmigo, a través del microrradio. ¿Entendido?

—Entendido, señor —secamente, hizo un saludo militar, dando a entender a Marko que aceptaba la orden, pero no del amigo sino del superior—. No me moveré.

—Bien, Dorae —Orval rió, palmeándole suavemente la espalda—. Buen chico...

El piloto no respondió, ceñudo y malhumorado. El joven oficial avanzó hacia la puerta de salida del SP-117. Antes de abriría, hizo una comprobación en el indicador de oxígeno del exterior, situado junto a la cámara descompresora de salida.

El nivel del aire respirable en la desierta nave del satélite era normal al parecer. De modo que no había ocurrido ninguna hecatombe interior que hubiese podido agotar las reservas de oxígeno. No era esa la causa de lo que sucedía, fuese lo que fuese.

Marko Orval salió. Cruzo la cámara descompresora, innecesaria ahora, puesto que no se utilizaba mas que para salir o entrar en el vacío, donde el exterior tenía una densidad y presión diferente al aire artificial del interior de la nave aérea.

Salió, pisando el terso y brillante suero azul. Su imagen alta, musculosa, enfundada en el ceñido uniforme blanco y azul de la Patrulla Espacial, se reflejó en el espejeante pavimento. Las bruñidas botas blancas centellearon al ser heridas por la luz azul, y pisaron blandamente la rampa de aterrizaje del

satélite.

Estableció la comunicación de su reloj de pulsera microrradio, con el receptor del SP-117. Antes de tranquear la puerta de acceso al interior de la rueda aérea, preguntó en un murmullo:

—¿Audición perfecta, Dorae?

—Perfecta, señor —respondió en el acto la vocecilla que reproducía el microrreceptor-emisor de pulsera—. ¿Y usted?

—Sin novedad también. Te oigo a maravilla. Seguiré haciendo llamadas cada cinco minutos. Y tú, cada diez, emite a la Tierra. No pierdas contacto.

—Bien, señor.

Marko Orval, pistola en mano, avanzó hacia la puerta empotrada en el muro metálico. Accionó el resorte de luz infrarrojo, que sólo conocía el personal militar de la «Space Patrol». La puerta se descorrió sin ruido, esponjosamente. Un corredor con la misma cruda luz azul se ofreció ante Marko. Lo siguió. La soledad continuaba.

Cámaras, pasillos y escaleras metálicas, todas provistas de luz y aire normales, iban ofreciéndose a su vista, a medida que llegaba al corazón mismo de la Estación.

El misterio de aquella ausencia de personal, del abandono de los puntos-clave en la Estación, de todo cuanto iba recorriendo, era desconcertante, inexplicable. ¿Qué podía haber sucedido para que el satélite quedara de pronto desierto?

Por fin alcanzó la antecámara de la sala de controles, mecanismos y dirección de la complicada estructura interna de la rueda del espacio. Sus ojos se clavaron en la rendija inferior de la puerta de paso a la cámara central.

¡De allí salía un reguero escarlata, que iba a morir en un charco del mismo color!

Se inclinó y lo rozó con las yemas de sus dedos enguantados de flexible materia, refractaria. Estaba coagulada ya, pero no cabían dudas. Era sangre. Sangre humana tal vez...

Contra lo habitual, no había vigilancia militar en la antecámara. El silencio era impresionante, a excepción del zumbido de los motores nucleares automáticos, que mantenían dentro de la Estación su clima, aire, luz y gravedad artificial.

Marko Orval se resolvió finalmente. Con el gatillo de su arma electrónica a punto, estiró la mano hacia el resorte infrarrojo. La puerta se empezó a abrir lentamente.

¿Qué le esperaba tras de ella?

* * *

Lo cierto es que cuando llegó a verlo, retrocedió vacilante, mortalmente pálido.

Había esperado cualquier cosa, estaba preparado para mantener sus nervios

serenos ante muchas calamidades. Pero el horror de ahora, aquel alucinante espectáculo que se ofrecía a sus ojos superó todo lo imaginado y le hizo estremecer, a la vez que sentía como si su cabello se erizase.

—¡Dios mío, no es posible! —susurró espantado—. No puede ser...

Cruzó el umbral con dificultades, avanzó unos pasos, y se tuvo que aferrar a un poste metálico, para evitar caer a tierra. Intensas nauseas le acometieron, y ni siquiera supo de qué forma lograba dominarlas.

Después, lentamente y dominando poco a poco sus violentos escalofríos, volvió a mirar al suelo, a aquel horror increíble que se ofrecía ante sus ojos desorbitados.

Muy despacio, tras una pausa larguísima, durante la cual el cuadro horrendo penetró por sus retinas, grabándose en su mente para toda la vida, puso en funcionamiento el microrradio. La vocecilla de Dorae sonó junto a sus oídos:

—¿Sí? Soy yo, teniente. ¿Hay alguna novedad?

—Hay novedad, Dorae —informó él, sombríamente—. Los he encontrado.

—¿A quién, a los tripulantes de esta Estación?

—Sí.

—¿A todos?

—Eso es. A todos...

—¿Y qué mil diablos hacían, para no estar en sus puestos, señor?

—No podían ni pueden hacer nada. Han muerto.

Un silencio al otro lado del receptor. Marko insistió:

—Muerto, sí. ¿Has oído, Dorae?

—Sí... —jadeó el otro con fuerza. Su respiración llegó sibilante por el microrreceptor—. Claro, señor. Pero... es algo tan asombroso, que...

—¿Asombroso? Tú no estás aquí y no puedes verlo como yo lo estoy viendo. Ten cuidado y no salgas del SP-117 por nada del mundo. ¡Es una orden «tajante»!

—Pero... ¿por qué? Si han muerto, supongo que será por algo y debemos...

—A eso precisamente quiero referirme. Han muerto por «algo». Algo que no será agradable ni humano... «y que puede estar aún a bordo de la Estación del Espacio».

—¿Un saboteador, un enemigo?

—Un enemigo, sin duda. Pero no lo que crees, Dorae. Tiene que ser un enemigo atroz, horripilante... ¡No quedan más que los esqueletos de los treinta y seis tripulantes de este satélite! ¿Te das cuenta? «¡Sólo huesos, huesos pelados, sangrantes y con jirones de carne aún, espantosamente mordisqueados por algo!».

—¡Cielos, no! —el murmullo de horror de Dorae sonó agudo en el microrreceptor.

—Sus armas están por tierra, cerca de sus huesudas manos. Yacen aquí y allá, en la cámara de mandos de la Estación. No sé cómo estaban todos aquí, sin excepción. Acaso lucharon contra su adversario, fuese quien fuese. Se

juntaron todos para defender sus vidas, y les han devorado horriblemente, han dejado un cementerio de huesos escalofriante...

—¡Pero, teniente, puede precisar auxilio! ¡Está usted solo! ¡Y esa cosa puede andar aún por ahí, ocupar todavía el satélite!

—Tiene que ser muy grande o ser «muchos», sea lo que sea. De nada serviría tu ayuda, si han logrado destruir a casi cuarenta militares y científicos, bien armados y equipados. Quedan jirones de sus uniformes, bañados materialmente en su sangre... No sé, Dorae, pero esto parece una pesadilla imposible... Voy a regresar. Informa en el acto a la Tierra y mantente en guardia contra cualquier contingencia. Si algo tratara de acercarse a la nave, ponla en marcha, despega en el acto.

—¿Y dejarle a usted aquí? ¡Imposible, señor!

—¡He dicho que despegues en cuanto notes algo sospechoso! ¡Es una orden, Dorae, déjate de sentimentalismos tontos! ¿Entendido?

—Sí, señor, entendido —suspiró Dorae sin replicar a su superior.

Marko Orval se apresuró a salir de la cámara, después de comprobar la marcha normal de los motores y mecanismos, por medio de su sistema automático. No se veían otros trazos de violencia que la espantosa carnicería humana causada. Ni un aparato averiado, ni un objeto roto. Nada de nada.

Ya cerca de la puerta, lo único que advirtió fue como un reguero pegajoso, de un líquido casi seco, algo parecido al rastro que dejaría un caracol sobre una superficie lisa, pero con una anchura de casi dos yardas.

Aquella baba se perdía de pronto en la mayor amplitud de las naves exteriores, y Marko se pasó una mano por la frente bañada en sudor. Allí había algo horripilante y estremecedor, que no lograba comprender aún.

Saltó por entre los esqueletos tendidos en tierra y no se avergonzó de echar a correr por las luminosas galerías metálicas y las escaleras de huecas resonancias, huyendo del horror que quedaba a sus espaldas.

Era preferible salir de allí cuanto antes, poder referir lo que había visto, y buscar luego la posible causa de la matanza. Buscar a la materia, la fuerza o el ser que había sido capaz de devorar a treinta y seis tripulantes, sin dejar un solo superviviente.

Alcanzó la puerta de la cámara de aterrizaje y despegue. Cuando la hoja metálica se corrió, Orval descubrió que los cañones atómicos de su astronave apuntaban en derechura a la entrada. Dorae no se fiaba, cumplía sus instrucciones.

Los cañones se apartaron con un rápido movimiento giratorio, al descubrir su manipulador que era Marko el que llegaba. Un momento después estaba a bordo del SP-117, y se dejaba caer en un asiento, lívido y jadeante. Sin una pregunta, sin una duda, Dorae inclinó su también pálido rostro sobre los mecanismos. Accionó éstos.

El vehículo rojo del espacio se elevó por la rampa que ascendía hacia el techo. Los controles automáticos de luz infrarroja accionaron la cúpula, abriéndola. Salió disparado el cohete al exterior, y atrás, como una pesadilla

de la que uno acabara de despertar, se quedó la Estación 19, con su pavoroso enigma oculto al exterior.

Un momento después el SP-117 era sólo una fugaz, remota puntita roja, perdiéndose en la negrura del vacío, camino de la Tierra.

La orden del coronel del Servicio Espacial de Vigilancia Interplanetaria había sido contundente, tras de recibir el febril informe radiado desde el SP-117.

«Regresen urgentemente a la Tierra. No pierdan un momento. Mantengan rigurosamente secreto el hallazgo en la Estación 19».

CAPÍTULO III

MISTERIO



L coronel Voros escuchó pacientemente su mensaje. Después la blanca, leonina cabeza, se inclinó despacio hasta mirarse a sí mismo en la bruñida superficie cristalina de la mesa de trabajo de su despacho.

—Me ha contado lo que vieron sus ojos, teniente Orval —dijo fríamente, tras una pausa—. Ahora quiero que me diga lo que vio su cerebro. Usted es inteligente, y no se limita a recoger imágenes en su retina. También sabe interpretarlas a su modo.

—Oh, señor, serían simples teorías, hipótesis sin fundamento... Estoy tan desconcertado como usted, y no sé qué creer...

—A pesar de eso, Orval, usted vio lo ocurrido. Dígame lo que ha pensado. Puede serme valioso, aunque no conste de una manera oficial en su informe. ¿Qué clase de enemigo, a su juicio, pudo introducirse en la Estación 19 y causar tal desastre?

—No hay ninguno conocido, señor, porque una alimaña gigantesca de Marte o de Venus sería capaz de destrozar por completo, de absorber los cuerpos enteros, sin dejar rastros. Y las alimañas no viajan por el espacio, ni es fácil que quepan en el satélite. ¿Cuándo hicieron ellos el último contacto con la Tierra?

—Ayer, Orval. Sobre el anochecer. No había novedad a bordo.

—Es extraño. Una plaga de hormigas o de insectos carnívoros podrían causar esa carnicería, pero sería imposible que después desaparecieran sin dejar rastro. Y para obrar sobre ellos era preciso primero que todos durmiesen.

—Además hubieran luchado, y aun pereciendo, lo cual no pudo ocurrir, hubieran dejado cientos de insectos muertos.

—Teoría desechada. Ningún hombre es capaz de hacer algo así y de cualquier modo, un ataque normal, por violento que fuese, deja margen de tiempo para enviar un S.O.S. a la Tierra. Su radiofonía funcionaba perfectamente, igual que todos los instrumentos de a bordo. También hubiese habido signos de lucha, algún objeto roto o dañado. Y no los había, señor.

—Por tanto, el misterio resulta indescifrable según usted —completó el

coronel Voros.

—Eso es. Indescifrable por completo. A no ser...

—¿Qué?

—Nada, señor. Es una tontería, un disparate.

—El modo de morir esos hombres también parece un disparate. Su explicación puede parecerla igualmente. Siga, Orval, dígame lo que piensa y se resiste a manifestar.

—Es... es algo absurdo, pero que me asaltó antes que ninguna otra idea, cuando estaba contemplando aquel horror, señor.

—¿Cuál fue esa idea que usted considera absurda, teniente?

—Pues... que no era un animal ni un ser humano, ni siquiera un elemento conocido, el que atacó a los ocupantes de la Estación Espacial.

—¿Un factor ignorado? ¿De qué clase? ¿De qué naturaleza?

—¡Si yo pudiera imaginar alguna naturaleza! —suspiró el teniente Marko Orval—. Pero me es imposible. Sólo he llegado a suponer que un «algo», una... «cosa», llamémosla así de momento, en tanto conocemos su auténtica forma y materia, penetró de un modo u otro en el satélite, atacó a los hombres, y los aniquiló de alguna forma rápida, pese a su intento de actuar todos en bloque frente al peligro. Y este peligro les sorprendió tanto, que impidió hacer uso de la radio. Sólo atinaron a defenderse... cayendo frente a una fuerza increíblemente poderosa y voraz, que les tragó de un modo todavía inexplicable.

—No es ningún absurdo su idea, Marko. Por el contrario, me parece una teoría que podría ser la cierta, la explicación plausible del misterioso suceso. Sólo faltaría, en ese caso, descubrir la clase de materia que es su fuerza y medios exactos, y el modo de impedir que tragedias así se repitan.

—Así sería, señor.

—¿Y eso no sería una misión especialmente indicada para nuestra Patrulla del Espacio, teniente Orval?

—Por supuesto, señor.

—Bien, teniente, muchas gracias —se inclinó sobre la mesa, y pulsó un botón, como dando por concluida la entrevista—. Puede retirarse.

Marko se irguió, ligeramente sorprendido.

—Pero, señor... —objetó—, ¿he de irme... de este modo?

—Oh, cierto —sonrió jovialmente el coronel Voros, aunque sus pupilas oscuras y astutas permanecían extrañamente sombrías—. Me olvidaba de usted, mi buen amigo. Vaya al despacho del capitán Felzan. Él le entregará su tarjeta de permiso. Tómese un mes de alegres vacaciones, teniente.

—¿Un mes de vacaciones? —masculló Orval, realmente aturdido ahora.

—¿Qué le pasa? ¿Es que no me había pedido ese permiso antes de emprender el viaje actual? ¿O acaso le parece poco tiempo para sus asuntos particulares?

—Por el contrario, señor. Me parece una bondad excesiva por su parte. Pero yo no quisiera tomarme vacaciones, sabiendo que... que hay «algo» en

alguna parte, sobre nosotros, capaz de hacer una cosa como aquella. No descansaría, señor.

—No es asunto suyo, Orval. Debe descansar, vivir su vida y dejarse de problemas que sólo nos conciernen a nosotros.

—Pertenezco a la Patrulla del Espacio, señor. Sus problemas son también míos.

—Mientras está en activo, sí. Cuando goce de permiso, no será así.

—Es que... preferiría no gozar de permiso alguno, en estas circunstancias.

—Lo siento, amigo mío. Cuando tomo una determinación, no me gusta rectificar. Vaya a por su permiso. Y que pase un mes feliz, teniente Orval.

—¿Cree usted que eso es posible, señor? —saludó militarmente, con aspereza, y concluyó muy seco—. De todos modos, gracias por su atención, mi coronel.

Dio media vuelta marcial y su alta, arrogante figura, abandonó el despacho del coronel Voros. Éste sonrió y, en cuanto desapareció Marko, se inclinó sobre uno de los dictáfonos de su mesa, hablando rápidamente:

—Póngame con el general Marston, del Servicio de Inteligencia. Tengo algo muy importante que comunicarle, sí...

Después, mientras aguardaba la conexión directa con Marston, el hombre más importante de los servicios de investigación de la Asociación Mundial de Naciones, el coronel Voros frunció el ceño y su frente se cubrió de finas arrugas, hasta formar una red inextricable.

Estaba pensando. Pensando en el tremendo suceso ocurrido allá arriba, a muchas millas sobre sus cabezas. Pero que afectaba al mundo y a su armoniosa paz actual, ganada tras siglos enteros de guerras, belicismos e incomprensiones mutuas. Por fortuna para la Tierra, esas diferencias e irritabilidades de contacto se habían superado, los peligros de fricciones entre seres de una misma comunidad habían pasado a ser recuerdos desagradables de un agrio e incomprensible, pasado, para entrar en una era de mutua comprensión, amistad y buena fe.

Todo eso era lo que corría peligro. Lo que podía derrumbarse estrepitosamente al impacto de un horror semejante al descrito por Marko Orval tras su visita a la Estación 19.

Y es lo que había que impedir. Por ello iba a luchar el mundo afanosamente. Los países, las Sociedades de Naciones comprendidas dentro de la Organización Mundial, recibirían el informe completo.

Pero no se podía combatir contra algo desconocido, contra una incógnita total, ya que ignoraban lo que era aquel elemento destructor y de dónde venía.

Ésa era, en aquellos momentos, la mayor preocupación del coronel Voros.

* * *

La tarde estaba cayendo.

Era espléndido ver el final del día en aquella región. El sol se hundía

lentamente en el horizonte, tras los campos verdeantes y floridos, y únicamente quedaban en la noche los centelleos de los colosales espejos de metal suspendidos en el vacío, para la concentración solar. Los siglos no variaban grandemente. La naturaleza seguía siendo la misma prodigiosa y exacta máquina, pese al progreso humano.

Marko Orval se puso en pie con un suspiro. Abandonó el margen del río donde cada tarde leía y dormitaba durante las semanas de su permiso. Eran ya casi diez días de inactividad.

Cuando algún vehículo espacial de las Patrullas cruzaba allá, en la distancia, dejando su estela de luz en el firmamento. Orval sentía la nostalgia de su labor, se cansaba de su actual apatía.

Y, sobre todo, pensaba en lo que viera dentro de la Estación 19. Se preguntaba a veces: «¿Qué fue aquello, qué extraño poder aniquiló de modo tan espantoso a aquellos hombres?».

Nunca encontró una respuesta satisfactoria.

Regresó a su vivienda, con los libros bajo el brazo. Siempre volvía allí por el sendero de tilos. En la distancia, se recortaban nítidamente las cúpulas y altas torres metálicas o cristalinas de la cercana ciudad. Sobre ella, los helicópteros particulares y los vehículos aéreos interurbanos revoloteaban como enjambres de luminosos insectos.

Como cada día, vio al hombrecillo del cabello gris, largo y descuidado, inclinado sobre unos rosales sorprendentes, de flores de vivísima tonalidad azul. Las rosas azules eran uno de los grandes avances de la técnica floricultora, pero pocos habían logrado ejemplares tan puros y soberbios como aquel singular vecino que siempre tenía para él una inclinación, un saludo breve y ceremonioso, de auténtica vecindad.

Esta tarde no fue una excepción. Marko respondió cortésmente al saludo y entró en la vivienda que había arrendado para aquel mes. Era una edificación sencilla y circular, de muros de vidrio metalizado, jardín artificial de cultivo automático, y con instalación interior puramente mecánica, si bien se había llevado consigo a un sirviente, para no encontrarse tan solo.

Bastaba poner en funcionamiento el mecanismo, para tener el servicio, comidas y limpieza con pulcritud mecánica, gracias al trabajo de los mecanismos domésticos. Pero la mayor parte de las veces, ni siquiera tocaba los botones. No le gustaba una vida en exceso mecanizada. Incluso en el siglo XXIII se podía hallar más placer en lo que hiciera el hombre que en lo que realizaran las frías máquinas.

Senko estaba ya terminando de preparar la cena en la reducida cocina electrónica. Un momento después, se sentaba a cenar en la galería de cristales flexibles que asomaba al muro posterior. Contra su costumbre, era tal el calor de la tarde, pese a hallarse ya en pleno otoño, que abrió una de sus ventanas circulares, teniendo ante sí la residencia vecina, un sobrio y hermético edificio de metal plastificado en forma poliédrica. Las rosas azules crecían por doquier.

Un rostro de mujer estaba asomado a una de las galerías vecinas. Sus ojos se alzaron, encontrándose con los de Marko. Enseguida, la dama desapareció, cerrándose la ventana.

En el jardín, el hombrecillo terminaba de cuidar sus rosas azules, y entraba en la casa con paso cansado, propio de su edad.

Orval enarcó las cejas. Sabía que tenía vecino, pero no «vecina». Y lo poco que había vislumbrado parecía óptimo. Un cabello largo, sedoso, de un negro azulado, tez clara y ojos oscuros. No había podido apreciar más. La visión fue demasiado fugaz.

Continuó la cena, con una sonrisa en los labios. Desechaba los sistemas de píldoras y alimentos concentrados, tan en boga. Marko seguía prefiriendo los alimentos reales, las frutas, carnes, pescados y verduras al natural, sin reducción a insípidas y áridas tabletas o a líquidos incoloros de poderoso alimento. Ya injería demasiado de todo esto en sus largos viajes patrullando por los espacios.

Conectó la pantalla del telediario. Noticias poco interesantes del resto del mundo, llegaron a su retina y oído a través de las ediciones periodísticas en imágenes. La pantalla funcionaba en el mismo tablero de la mesa, donde un óvalo iluminado ofrecía a todos los hogares su información constante y completa.

De repente, Marko Orval se quedó tenso, apartó de su boca la fruta con que estaba rematando la cena, y se quedó con los ojos fijos en lo que le ofrecía la pantalla coloreada de la imagen.

«—Un desconcertante suceso, ocurrido recientemente y que las autoridades nos han ocultado un poco a la ligera —comenzaba el locutor— ha preocupado muy seriamente a los Gobiernos y Sociedades Internacionales del Mundo, porque se trata de algo inexplicado que debe ser averiguado enseguida por los responsables de la paz mundial.

»Nos estamos refiriendo a lo ocurrido en la Estación Espacial Número 3, que ha sufrido un inaudito ataque. La mayor de nuestras bases en el espacio exterior, con sus ciento veinte hombres de guarnición, ha sido virtualmente asolada, ya que sabemos por fuentes bien informadas y rigurosamente secretas por el momento, que sólo ciento veinte esqueletos, desprovistos de todo otro vestigio de materia humana, han sido hallados en sus dependencias interiores.

»Y por si eso fuera poco, corren rumores de que ya días atrás otra Estación de menor importancia, y también más recientemente un vehículo de navegación regular a la Luna, con seis tripulantes y veinte pasajeros, encontró un fin similar, siendo hallado el cuerpo del cohete sin rumbo, convertido en un satélite más de la Tierra, y ocupado por un montón informe de huesos, como único resto de cuantos iban a bordo.

»¿Qué hacen nuestros estadistas, qué hacen nuestros servicios de Defensa, Investigación y Protección del Espacio? ¿Qué misión tiene la Patrulla Espacial, que ahora no atina a cumplir? Esperamos que pronto se nos dé respuesta a estas angustiosas interrogantes, y se nos diga lo que se encierra

detrás de todo esto que...».

Marko Orval cerró la pantalla visora, con un brusco ademán. Su rostro había perdido color y alegría. De nuevo las sombras del terror y de la inquietud lo oscurecían.

Otra Estación... un cohete astral... ¿y cuántos más en días sucesivos, si aquel azote espantoso continuaba asolándolo todo desde la sombra?

Repentinamente, dejó de sentir apetito y se encontró recordando la horrenda escena de aquella ocasión. Se puso en pie, malhumorado. Ahora menos que nunca, le era dado permanecer allí, disfrutando de sus apacibles vacaciones, mientras el organismo militar a que pertenecía era criticado severamente por unos hombres justamente atemorizados, y mientras aquello seguía sembrando la escalofriante destrucción a su paso, siempre bajo las mismas voraces características.

Fue en aquel momento cuando percibió el grito terrible muy cerca de su casa. Fue un alarido espantoso, una nota aguda y trémula, proferida por una garganta aterrorizada. ¡Una garganta de mujer!

Marko entró en acción, aun sin saber a ciencia cierta lo que ocurría y lo que podía llegar a ocurrir. Acaso un reflejo instintivo de su propio afán de lucha, le hizo moverse en esa ocasión sin pararse a meditarlo mucho.

Alargó la mano, tomando su pistola magnética de donde la dejaba siempre, junto a su mesa y se lanzó vertiginosamente por la reducida escalera mecánica, sin esperar a que la propia cinta movible le depositara abajo, sino uniendo la velocidad de sus propias piernas a la que, de por sí llevaba la escalera automática.

Brincó al jardín artificial aparatosamente. El grito se repitió, más agudo y aterrorizado aún. Su procedencia fue evidente ahora para Marko: ¡la residencia vecina!

Había una cerca metálica entre ambas viviendas. Marko no se paró a salir de su casa, rodeando luego la cerca del vecino para entrar en el edificio inmediato, sino que escaló con agilidad felina la pared lisa y bruñida, aferrándose a todo remache o leve saliente. Una vez en lo alto, un brinco ágil, elástico, le hizo aterrizar sobre un macizo de flores.

Aplastó un primoroso grupo de rosas azules, pero no se detuvo a considerar el daño. Un tercer grito, espantoso e imperativo, dentro mismo de la casa poliédrica, le espoleó.

Cruzó vertiginosamente el jardín y se plantó frente a la entrada del edificio. La puerta de metal plantificado era sólo franqueable si se abría previamente, desde su interior. Marko no esperó a ello.

Los gritos, su vibrante y agudo trémolo angustioso, no permitían dilaciones. Apuntó con su pistola magnética al punto donde actuaba el mecanismo infrarrojo. Disparó con rapidez.

Un chorro azul, centelleante, alcanzó la puerta. Se arrugó el metal, derritiéndose como plomo fundido, en gruesos goterones que formaron un charco brillante en tierra. Marko saltó aparatosamente a través de la hendidura

abierta en la entrada, y emprendió la carrera por la cinta ascendente de la escalera mecánica.

Brincó al suelo firme, bruñido y terso, del piso superior. Vio la figura de la muchacha que descubriera poco antes en la ventana. Estaba acurrucada contra un rincón del pasillo, el rostro entre las manos y sacudida por sollozos terribles. Marko gritó:

—¡Señorita! ¿Qué es lo que ocurre?

Ella le miró. Aturdida, sin poderse imaginar que nadie acudiera en su auxilio, y un brillo esperanzado asomó a sus hermosos ojos oscuros.

—¡Allí! —señaló a la puerta situada ante ella—. ¡Pero no entre, por amor de Dios! ¡Es algo horrible, algo inaudito...!

Marko Orval no se intimidó. Podía ser lo que fuere, pero le gustaba afrontar siempre las cosas cara a cara. Se llegó ante la puerta, en tanto que ella gritaba más y más, repitiendo como una desesperada letanía:

—¡No, no! ¡No abra esa puerta, no...! ¡No lo haga, por Dios...!

El joven oficial no vaciló en oprimir el gatillo de su arma. De nuevo se estrelló en la puerta cerrada una llamarada azul y silenciosa, que hizo chirriar el metal al desintegrarse.

La joven gritó de nuevo, ocultando el rostro entre las manos temblorosas. Marko avanzó dos pasos...

Y en el acto, con un gesto de instintivo horror, de repugnancia infinita, retrocedió, tambaleante, incapaz de alzar siquiera su arma contra aquello que se debatía, descomunal y violento, dentro de la estancia recién abierta.

Unos ojos malignos, enormes y amarillos, de vidriosa materia, se clavaron en Marko Orval con fijeza. Un zumbido largo y espeluznante llegó del interior de la estancia.

Era... sí... ¡Era una mosca!

Pero una mosca colosal, fabulosamente enorme y poderosa, de altísimas patas velludas, irritadas antenas y sus mil enormes células oculares fijas con perversidad glotona en Marko Orval.

Aquella mosca podía medir hasta cuatro metros de altura por ocho o diez de longitud. Su cuerpo azulado, tornasolado y repugnante, se agitaba dentro de la estancia, y podían advertirse sus extrañas fauces atrompetadas, cubiertas de algo rojo y repulsivo.

¡Sangre! Acaso... «sangre humana».

Los gritos de la muchacha eran espantosos, delirantes ahora y el lívido, estremecido Marko, los encontró totalmente justificados.

No apartó sus ojos de la gigantesca mosca. Vio extenderse las patas hacia adelante, mientras sus alas membranosas y enormes vibraban. Observó, con ojos desorbitados, dos cosas reveladoras y tremendas en la estancia.

Las patas del monstruoso insecto iban dejando un rastro viscoso, una mucosidad extraña sobre el pavimento... ¡y dos esqueletos se descubrían a su espalda, sangrantes y desprovistos de todo tejido humano sobre sus huesos!

Supo que estaba ante el misterio, ante una explicación del enigma, todavía

más inexplicable e inaudita.

Pero toda idea huyó de su mente ante la tremenda realidad que se avecinaba.

La mosca estaba ya saliendo de la estancia, asomaba su morro horripilante al corredor, mientras los glotones ojos opalescentes no se apartaban de Marko, su próxima víctima...

CAPÍTULO IV

LA MOSCA



la primera sensación de terror, siguió en Marko una energía vital, primitiva y arrolladora: la de luchar para sobrevivir, aun a sabiendas de que un peligro así era poco menos que inevitable.

Su fría y razonada mente le dijo que la relación entre los restos aparecidos en aquella estancia y los de la Estación Espacial, sólo podía obedecer a una causa: ¡la mosca había sido el enemigo común en ambos casos!

Y el monstruo indescriptible, al cual no habían logrado vencer treinta y seis tripulantes, como tampoco con posterioridad lo consiguieron otros ciento veinte, era punto menos que imposible que lo lograra él solo. A no ser que entonces las moscas agresoras fueran un enjambre, cosa difícil de admitir, a la vista de aquel tamaño descomunal y terrible.

Todo eso apenas si tardó un segundo en reflexionarlo. Exactamente, el tiempo que duró el avance del insecto fabuloso hasta el corredor.

Entonces Marko recordó que todos los hombres aniquilados hasta entonces habían llevado armas como la que él empuñaba en aquellos momentos. ¿Cómo un desintegrador pudo ser ineficaz, si la mosca, por grande que fuera, estaba formada de materia viva, igual que cualquier otro cuerpo humano o animal?

A pesar de ello disparó su arma contra las mil células oculares del insecto, y vio el impacto de la llama azul sobre aquellos ojos siniestros, sin que nada pareciera afectar a la mosca, cuyo zumbido ensordecedor llenaba ya todo el pasillo.

La mosca, implacable, avanzó hacia él. Sería para ella como una migaja de pan o un grano de azúcar para un insecto vulgar. Un bocado apetecible, sin duda.

El joven teniente no comprendía nada de aquella alucinante situación, pero sabía que tenía que luchar con la mosca con armas que los demás no hubiesen utilizado.

¿Pero dónde estaban esas armas?

Se resolvió a lo único factible: giró bruscamente en redondo,

abalanzándose sobre la joven que se apoyaba contra la pared, a punto de caer desvanecida. La alzó entre sus brazos y echó a correr desesperadamente, a lo largo del pasillo.

Aun sin volverse, supo que la espantosa mosca les seguía, agitando sus alas, que vibraban rabiosas, sin poderse desplegar por las dimensiones del corredor. Gracias a ello, el horrendo insecto no lograba volar, dándoles alcance. Marko Orval había contado subconscientemente con ello, al emprender la fuga, único medio probable de eludir una muerte aterradora entre las fauces del colosal monstruo alado.

—Mi padre... —jadeó la muchacha, entrecortadamente—. Mi padre...

—¿Dónde está, señorita? —preguntó jadeante el joven, sin cesar de correr.

—En... en acuella habitación... estaba él antes de... antes de...

—¿Antes de aparecer «eso»? Entonces no hará falta volver... —y sin hacer caso de los desgarradores lamentos de ella, concluyó, algo áspero—: Nadie puede ayudarle ya...

La chica se hundió en su llanto desesperado. Marko no reducía su velocidad, aunque sentía que pronto le fallarían las fuerzas. Y entonces la mosca caería sobre ellos...

Dobló un recodo, el contrarío a aquel por cuya escalera automática subiera, ya que en este lado sabía que el techo era lo bastante alto para permitir volar a su poderoso enemigo. En cambio, la puerta por dónde penetró era angosta y ligeramente baja. A sus espaldas, cuando hubieron cruzado el umbral y corrían por una escalera descendente, de peldaños movibles, se sintió el roce irritado del insecto contra su marco, pugnando por entrar tras ellos también.

—¡Nos matará, nos destrozará! —gritaba ella, desesperada—. ¡No vaya por aquí, por Dios! ¡Es un camino sin salida, sólo conduce al almacén de productos químicos de mi padre!

—Esa mosca, o lo que sea, no podrá seguirnos por aquí, señorita —le replicó Orval—. Tenga serenidad, por favor...

—¿Qué no podrá seguirnos? —ella señaló con pánico a su espalda—. ¡Mire, mire usted eso...!

Orval se volvió en redondo, y por un momento se sintió tan desconcertado y lleno de estupor, que no supo en qué forma reaccionar. ¿Era posible lo que estaba viendo?

Ya no era la mosca lo que estaba allí. No parecía ser ella la que entraba por la estrecha puerta... Pero lo era. Sólo que «la mosca estaba alterando su materia».

Se disolvía materialmente en el aire, fundiéndose en una nueva forma tan escalofriante como la anterior: «¡la forma larga y escamosa de un reptil de enormes dimensiones, que se deslizó veloz y sigiloso, con un sibilino roce, escaleras abajo en su seguimiento!».

—¡Santo Dios, no es posible! —susurró roncamente Marko Orval, sintiendo cómo se erizaban sus cabellos—. «¡Está cambiando de forma y de materia!».

La muchacha sollozaba desesperadamente, tambaleándose a punto de caer. Marko la apremió:

—¡No, no puede usted desfallecer ahora! ¡Vamos, un poco más de energías, siga corriendo!

Ni siquiera sabía cómo conservaba él la serenidad y las energías para seguir adelante. El reptil que antes fuera mosca, se deslizaba con una rapidez implacable e inaudita. Su escamoso cuerpo azul, tornasolado como el del insecto zumbante que fuera anteriormente, corría pegado a los tramos de la escalera.

Marko alcanzó con la muchacha el nivel inferior de la vivienda. Por fortuna, las bandas magnéticas, movibles, se deslizaban allí en ininterrumpido funcionamiento. Saltó a la misma, llevando en volandas la frágil, ligera figura de la joven. Sintió sus pies sobre el suelo movedizo, reptante y la banda le alejó, con su chirrido mecánico, hacia una puerta única, cerrada, que aparecía al fondo del corredor.

El reptil saltó tras ellos. El impacto del largo cuerpo escamoso sobre la banda metálica en deslizamiento, fue áspero y sacudió el suelo con una vibración seca. Orval le miró, viendo que a la velocidad propia del corredor deslizante, se unía la del reptil voraz, maligno y cruel.

Le imitó, corriendo con todas sus fuerzas hacia la puerta. Un sibilante roce a sus espaldas le hizo volverse en redondo, cuando ya daba alcance a aquella única puerta, sin soltar a la mujer.

Un nuevo escalofrío le sacudió... ¡El cuerpo sinuoso de la serpiente volvía a deformarse, derretido como cera, y los gruesos goterones, sin llegar a licuarse del todo, se agrupaban, amalgamados en una nueva forma espeluznante y torva:

«¡Una araña peluda, gigantesca y horrorosa, que se movió hacia ellos con auténtica crueldad!».

Marko Orval estaba habituado a peligros fuera de lo normal. Sin embargo, acaso aquel de ahora, multiforme y metamorfoseante, fuese el mayor y más inverosímil de cuantos conociera jamás. A pesar de todo ello, conservó su serenidad, su valor y su astucia de luchador innato.

Alzó su arma, que sabía inútil contra el monstruo, cualquiera que fuese su naturaleza. Pero no contra los mecanismos de humana creación. Disparó sobre el punto donde un leve zumbido le marcaba el emplazamiento de la energía magnética que movía los dispositivos de funcionamiento interior.

Primero disparó contra el de la puerta cerrada, consistente en una cerradura electrónica y el cierre se derritió bajo la llama azul, mientras la araña horrible avanzaba sobre ellos, complacida y golosa.

Los gritos de la muchacha le entraban por los oídos con lacerante urgencia. La sombra del arácnido se proyectó sobre ellos. Entonces Orval tomó por blanco de sus disparos el mecanismo magnético del muro. Una llamarada deslumbrante saltó del conmutador. Se hizo la oscuridad absoluta dentro del corredor.

—¡Adentro! —susurró ahora Orval a la joven.

Penetraron en la estancia situada al otro lado de la puerta. Antes de cerrarla tras de sí, miró al exterior, sumido en tinieblas. Unas pupilas alargadas y fosforescentes destacaron de pronto en las tinieblas.

¡El monstruo multiforme se estaba metamorfoseando en felino, para ver en las sombras, de eso no cabía duda!

Empujó la puerta y ésta, que no debía de haber resultado dañada del todo por el primer disparo de Orval, se encajó mecánicamente, cerrándoles aquel paso en forma definitiva, ya que sin funcionamiento del mecanismo magnético nada ni nadie movería ya el pestillo ajustado de golpe y movido sólo por un complejo sistema electromecánico.

La puerta, de metal aislante e indestructible, resultaba también un muro de inabordable potencia.

Orval, pegado a esa puerta que podía ser un encierro, pero también una salvación providencial, respiró hondo, secándose el sudor de su frente. En las sombras la voz angustiada, trémula, de la animosa joven sonó con vibraciones de profundo horror:

—Y ahora... Dios mío, ¿qué hacemos ahora, encerrados en este almacén?

—Escúcheme, señorita, y no se descomponga: ahora que pasó lo peor —dijo rápidamente Orval—, es usted la criatura más valerosa que conocí jamás. No me haga variar de opinión. Este almacén de su padre... ¿es inexpugnable?

—Con el mecanismo magnético estropeado lo es virtualmente. Sus muros son de metal reforzado con aislantes y antidesintegradores químicos. Lo calculó para no sufrir jamás desperfectos. No tiene punto débil alguno, salvo esa puerta. Y nadie la abrirá ahora.

—Ya lo sé. Pero lo que es para nosotros una desventaja, puede serlo también para nuestro enemigo exterior... a no ser que sea capaz de transformarse en humo o polvo, para filtrarse por las rendijas.

—Por favor, no diga cosas horribles... —se asustó ella—. ¿Podría hacer eso?

—No lo sé. No sé nada de lo que ocurre aquí. Sólo que un monstruo multiforme, capaz de variar su físico a placer, está tras de nosotros y ha devorado a dos hombres arriba... y a muchos más en las Estaciones del Espacio.

—¿Qué quiere decir?

—Soy un miembro de las Patrullas del Espacio, señorita. He visto otras obras de ese monstruo, o de uno muy similar. Siempre el mismo rastro: esqueletos descarnados, un reguero viscoso, allí por donde pasa. Y una materia susceptible de alteración, puede variar en todos los sentidos. Puede ser agua, gas o cuerpo sólido, únicamente con que su fuerza central, su común naturaleza interna, adaptable a todo y sin duda poderosamente cerebral, se proponga una determinada metamorfosis, de acuerdo con las circunstancias.

—Sí, eso es cierto... —suspiró ella—. Papá estaba trabajando precisamente en el campo de la «Polimorfía»... y muy cerca del éxito total.

—¿Cerca? —Orval se estremeció, a la vez que silbaba—. Su padre dio sin duda con la «Polimorfía». Logró dar con una especie de «piedra filosofal». Sólo que en vez de trocar la materia en oro, va más lejos aún. ¡Puede convertir cualquier materia, tantas veces como lo desee, en otra diametralmente opuesta!

—Y él ha sido la primera víctima... —se horrorizó la joven.

—Ocurre siempre igual. La Ciencia es un arma de dos filos, cuando se maneja imprudentemente, llevado por el fanatismo científico o la egolatría...

Un roce, tras la puerta, hizo enmudecer a Orval. Sus sentidos se aguzaron hasta el máximo. «Aquello», fuera lo que fuese en su estado primitivo, intentaba algo contra la puerta metálica, pugnaba por cruzarla de algún modo.

Un sudor frío cubrió el rostro de Marko. Evocó los horribles esqueletos de arriba, allí donde surgiera la mosca alucinante. Los otros huesos humanos de la Estación Espacial...

¿Qué nexo existía entre un suceso y otro? ¿Qué enigma encerraba todo aquello?

La oscuridad en el almacén era absoluta. A su lado la muchacha respiraba, honda y angustiadamente. Su mano oprimía el brazo del agente de la «Space Patrol», hasta clavar su uñas en la carne, a través del tejido plastificado.

—Quiere entrar... —musitó la joven con un horror infinito.

—Sí, lo sé. Sabe Dios en qué horrible cosa o materia se habrá convertido para intentarlo.

—¿Cree... cree que lo conseguirá? —la pregunta encerraba un pánico intenso, demoledor.

—No lo sé. Me pregunto lo mismo que usted...

Y de repente le acudió la idea a la mente. Casi se había olvidado de que esto era un peligro íntimamente ligado con la «Space Patrol». Y a pesar de estar de vacaciones, la Seguridad Militar de los patrulleros espaciales era ante todo. Su reloj, microemisor y receptor de gran potencia, jamás le abandonaba. Ni a él, ni a ningún agente, en activo o de permiso.

Rápido, emitió un SOS urgente, angustioso, pero a la vez previsor. Añadió, como final de la demanda de auxilio: «Vengan con fuerzas poderosas. El enemigo creo que es el mismo de las Estaciones del Espacio».

Esto serviría para hacer ver a sus superiores la magnitud del adversario. No se confiarían.

—¿Qué es lo que está haciendo? —preguntó la joven tensa la voz.

—Lo único factible en este caso: reconocer mi fracaso y pedir ayuda. Eso de ahí fuera es demasiado terrible para enfrentarse a ello con nuestros pobres medios.

—¿Llegarán a tiempo? —inquirió ella.

—Esperemos que sí —declaró sombríamente Marko, pegando su oído a la puerta metálica—. Ahora no se oye nada. Parece que nos concede una pausa o se está incubando algo mucho peor. Ahora podría contarme usted algo de lo que sucede, ¿no le parece? Ante todo, señorita, ¿quién es usted?

—Me llamo Jazzah Svor —dijo roncamente la muchacha—. Y soy hija del profesor Xac Svor.

—¡Xac Svor! —repitió, asombrado, Orval—. ¡El famoso biólogo y eminente investigador de la Sociedad Mundial! ¿Es posible que fuera él quien...?

—¿Quién usted veía frecuentemente arreglando el jardín? Sí, era mi padre —la voz se quebró, a causa de los sollozos—. Iba a poner en manos del Consejo Internacional de Ciencias su hallazgo biológico tan importante para el futuro de la Humanidad: la transformación de la materia a voluntad, mediante un proceso biológico de rapidísimos efectos. Se basaba en una regeneración y metamorfosis inmediata de las células y tejidos del ser vivo, base de toda acción polimórfica. ¿Lo comprende?

—En parte, sí. Pero era un trabajo peligroso, señorita Svor. ¿Con qué experimentaba? ¿Qué clases de seres vivos utilizaba en las pruebas de esa reacción?

—Ratones y monos. Después los destruía totalmente.

Marko preguntó:

—¿Cómo? Si sabemos el medio de que se valía, acaso podamos emplearlo contra... «eso».

—No lo sé —declaró ella con desesperación—. Jamás lo supe. Sus pruebas eran estrictamente secretas. No quería que yo presenciase jamás horror alguno... ¡y he tenido que ver precisamente éste de hoy!

—No creo que él pudiera evitarlo, señorita Svor, aunque lo intentara... ¿Dice que se encerró en esa habitación, antes de...?

Ella afirmó:

—Sí, con sus dos ayudantes... Creo que hoy iba a probar con un ser humano...

—¡Cielos, no! —Orval tragó saliva, sabiendo que habría palidecido terriblemente—. Sería una monstruosidad hacer tal cosa. Si luego había de destruirlo... —y no pudo continuar.

Jazzah explicó:

—Mi padre estaba seguro de poder salvar la vida al cobaya humano, para luego reintegrarlo a su naturaleza original, sin posibilidad de alteraciones físicas.

—¿Y... quién iba a ser el objeto de ese experimento?

—No lo sé. Uno de los dos ayudantes, sé que era Walko o Dinhar, no sé... Los tres se encerraron en el laboratorio, y comenzó su tarea. Yo me acercaba de vez en cuando a escuchar, para saber si ocurría algo anormal. Una de las veces, cuando llegué ante la puerta, escuché... Una succión horrible, como la de una ventosa gigante llegó a mí. Inmediatamente después oí un mosconeo intenso, ruidoso, y un estertor que heló mi sangre... Miré a través del orificio de la cerradura magnética... ¡y entonces vi a esa horrenda mosca, inclinada sobre los esqueletos humanos...! ¡Oh, ha sido espantoso...!

Apenas podía hablar.

—Lo creo... —Marko se estremeció—. Todo hace suponer lo que ocurrió. A su padre se le escapó de las manos el control de la criatura que él mismo creara. Una especie de Frankenstein del siglo XXIII. Pero mucho más horrible que ningún otro monstruo... Sin embargo, ya antes se le había ido de las manos el experimento a su padre, el profesor Svor. Alguna de las criaturas, humanas o no, que fueron convertidas en polimorfos, logró salvar la vida a la destrucción total, y alcanzó el espacio exterior de alguna forma, causando una destrucción total y espantosa.

—Dios mío, ¿será posible que papá hiciera tal horror?

—A veces un científico busca el bien de la Humanidad y crea un azote. Ha ocurrido otras veces, señorita Svor.

—¡Pero eso significaría que hay otras criaturas como esa mosca, reptil o lo que sea!

—Claro que las hay. Si hubiera tres esqueletos en el laboratorio, podríamos imaginar la teoría de que el monstruo en libertad que atacó las Estaciones del Espacio volvió al lugar de su creación, para destruir a los creadores. Pero sólo había «dos» esqueletos arriba, lo he visto muy bien...

Jazzah preguntó:

—¿Y qué quiere dar a entender con eso?

—Señorita Svor, tarde o temprano, si seguimos con vida, tiene que saber la realidad de lo que ocurre. Mi teoría es que su padre convirtió a alguno de los dos ayudantes en... bueno, en «polimorfo», o como queramos llamarlo... Y ese alguien, una vez transformado, atacó a su padre y al otro ayudante, «devorándolos».

—¡Dios mío, no! —gimió ella, llena de terror—. Ninguno de ellos hubiera...

Marko la interrumpió.

—Piense que usted conocía a dos hombres normales y uno de ellos cambió, al serle alterada la naturaleza, Dios nos hizo de una forma, señorita Svor, y a veces la Ciencia pretende ir demasiado lejos, penetrar en un terreno que no le corresponde... y entonces ocurren cosas como esta. Uno deja de ser humano... y se transforma en algo feroz, cruel e implacable, como ese ser de pesadilla...

Se detuvo. Sobre ellos, en el exterior de la casa, un zumbido prolongado, ululante, se dejó percibir, estremeciéndolo todo. Los reactores atómicos de las patrullas volantes del Servicio de Seguridad del Espacio rugieron sobre sus cabezas, al planear los bólidos a bajo nivel.

—¡Ya están aquí! —declaró Marko, febril—. ¡Esperemos que no sean atacados ellos también por ese monstruo!

Prestó atención ahora, con los nervios tensos. Al otro lado de la puerta volvían a percibirse ruidos, aún por encima del rugido de los motores. Pero ruidos más normales y humanos, menos terroríficos que antes.

—¿Oye eso? —exclamó Marko, alerta sus sentidos ante cualquier eventualidad.

Ella asintió.

—Sí... ¿Qué ocurrirá ahora?

Marko no pudo contestar.

Inesperadamente, algo golpeó la puerta. Marko, aun a sabiendas de la inutilidad de su utilización, alzó su pistola, en espera de lo que ocurriese. El golpeteo se repitió. Y parecía totalmente humano ahora.

¡Pom! ¡Pom!

Una voz, una voz de hombre, de ser vivo humano, sonó al otro lado:

—¿Quién está ahí? Señorita Svor, ¿es usted? ¡Por favor, responda, soy yo! ¿Qué le ocurre? ¿Por qué no contesta?

Ella lanzó un gemido de horror al percibir la voz. Parecía reconocerla. Ya los aparatos de la Patrulla del Espacio estaban aterrizando en torno a la casa, a juzgar por el ruido de los reactores. Pronto entrarían los agentes.

—¡Señorita Svor! —susurró Marko—. ¿Quién es el que habla? ¿Le conoce?

La chica hacía esfuerzos por hablar.

—Sí... sí —tartamudeó ella, a punto de desvanecerse—. ¡Es Dinhar, uno de los dos ayudantes de papá que entraron con él en el laboratorio para hacer el experimento.

Marko no dijo nada.

—¡Vamos, sé que hay alguien ahí! —insistió, más enérgica, la voz del hombre situado al otro lado de la puerta infranqueable—. ¿No abren? ¡Señorita Svor, abra! ¡Soy Dinhar: no tiene nada que temer de mí!... Si no abre, tendrán que abrir esa puerta los de la Patrulla Militar, con sus armas, porque el sistema magnético no funciona, y, sin embargo, desde ahí dentro puede accionar el sistema de emergencia. Yo le diré dónde está situado el conmutador. ¡Pero responda, por el amor de Dios! ¿Le ocurre algo?

—Un sistema magnético de reserva —gruñó con sarcasmo Marko Orval—. ¡Y nosotros encerrados aquí, a oscuras! Debió decírmelo.

Ella se disculpó:

—No lo recordaba, creo que ni siquiera lo supe nunca. Pero ¿qué hago? ¿Contesto a Dinhar?

—Contéstele, sí —asintió sombríamente Marko—. Pero no abra esta puerta. No, hasta que la Policía del Espacio esté aquí...

CAPÍTULO V

EL HORROR IGNORADO



ARKO ORVAL no abrió la puerta hasta percibir por su microrradio la orden de que así lo hiciese. Entonces la voz de Dinhar les indicó el punto donde estaba situado el conmutador, y a ciegas dio con él Jazzah Svor.

Dieron luz y lograron abrir la cerradura magnética sin necesidad de disparar. Los agentes de uniforme blanco y azul, con distintivo rojo, de la Policía del Espacio, en su servicio de tierra, llenaban por completo el corredor, la escalera y demás pisos de la vivienda poliédrica del profesor Svor.

Marko vio también a Dinhar, el ayudante del profesor a quién creían convertido en un simple esqueleto, y resultaba estar vivo aún. Era joven, fornido, de cráneo afeitado, ojos oblicuos y expresión agradable pero hermética. Vestía una bata blanca, de material plástico, ceñida a su figura alta y recia.

—¡Señorita Svor! —exclamó al verles aparecer en la puerta, bajo la protección de los termorrifles de los agentes espaciales—. ¡Gracias a Dios está usted sana y salva!

—Sí, Dinhar... Y usted también —respondió la joven, mirándole con extrañeza—. Le creí dentro del laboratorio, con papá y Walko.

—Estuve allí al principio. Pero no me gustó el curso de los experimentos, y opté por solicitar mi retirada. El profesor se dio cuenta de mi alteración y cedió amablemente. Me encargó que avisara a Lambell.

—¡Lambell! ¡Es cierto! —la joven miró a Marko, que escuchaba el diálogo en silencio, sin apartar sus inexpresivos ojos del ayudante de Svor—. ¡Es el tercer auxiliar de papá!

—No me habló de él —dijo fríamente Marko.

Les rodeaban los agentes, a quienes Orval informó rápidamente de la especie de enemigo que tenían enfrente, nada más salir del almacén químico de Svor. Ahora respondía la joven:

—No recordé a Lambell. Hace días que no bajaba al laboratorio, por padecer una dolencia que le retenía en el piso superior, donde tenía su

alojamiento. Ésta es la finca que hemos utilizado siempre para nuestras vacaciones, aunque papá rara vez se tomaba auténtico descanso. Lambell enfermó en uno de los experimentos, y no había vuelto a servir a papá.

—Sin embargo, su padre debía de temer algo, cuando quería tener, al menos, a dos de sus auxiliares presentes —observó Marko. Ahora miraba de nuevo a Dinhar y agregó—: Soy el teniente Marko Orval, de la Patrulla del Espacio, Dinhar. Tengo motivos muy concretos para suponer que los experimentos biológicos del profesor Svor crearon un horror capaz de destruir a la tripulación de dos Estaciones del Espacio y de un cohete a la Luna. También hoy, en esta misma casa, se ha desatado ese horror. La señorita Svor y yo hemos visto una mosca gigantesca y voraz, que posteriormente se transformó en reptil, araña... y posiblemente en gato o pantera, no sé...

—¡Eso es absurdo! —replicó vivamente Dinhar—. El profesor no pudo obtener eso. No iba avanzado en sus experimentos...

—Es lo que él debió decirle, pero la realidad era muy otra. El profesor había encontrado el secreto para alterar la materia de forma y de especie. No me diga cómo, porque de eso sé menos que usted. Sólo quiero añadir una cosa más, Dinhar, y va dirigido a usted: ¿dónde se hallaba mientras esa monstruosa mosca o lo que fuese nos atacaba? ¿Cómo ha aparecido de repente ahí, con tanta oportunidad, tras esta puerta?

—Comprendo —rió Dinhar, con un gesto burlón en su rostro afable e inexpresivo—. Soy sospechoso, ¿no? Sospechoso de haberme convertido en mosca, reptil y unas cuantas cosas más...

—Responda. Y ahórrese bromas. No tengo hoy sentido del humor.

—Puedo contestarle con la verdad, teniente Orval, diciéndole que estuve fuera de casa, ya que salí de aquí, paseando por las cercanías, mientras el profesor trabajaba en sus horribles experimentos sobre la materia viva orgánica. He vuelto hace poco, y, al no ver a nadie, he bajado hasta aquí, comprobando que las instalaciones magnéticas estaban desconectadas. Y oí voces tras esa puerta, identificando la de la señorita Svor.

—¿Y no vio nada extraño, ningún ser, animal o persona, que despertase sus recelos?

—Nada en absoluto, teniente. Mucho menos, cosas tan singulares como las descritas por ustedes.

—No se fíe de eso. Nuestra... «cosa» pudo adoptar igualmente la forma de un gusano, una mariposa o un tigre. No tiene dificultades para variar su aspecto, forma y tamaño.

—Si me crucé con alguna mariposa o con un pequeño insecto, no fui capaz de apreciarlo, lo confieso —la burla seguía latiendo en el tono irritado de Dinhar.

—Está bien —señaló a Dinhar, mirando a los agentes del Espacio—. Llévenlo al Cuartel General, y háganle revisar por los especialistas: rayos X, análisis y todo eso. Quiero un informe completo de este hombre, físico y mental. Entréguenselo inmediatamente al coronel Voros.

—Sí, teniente —dijo un oficial con tono respetuoso.

—¿Es una detención en toda regla? —le desafió Dinhar—. ¿Sospecha de mí acaso? ¿Con qué motivo me arresta?

—No le acuso de nada por ahora. Sólo quiero estar seguro de que usted sigue siendo «humano».

—¿Y eso resolverá algo? —rió el ayudante del profesor entre dientes.

—Tal vez no —admitió pensativo el joven oficial—. Los «polimorfos» pueden cambiar de forma, sin dejar de ser humanos en todas sus células. Y de ser así, Dinhar, le confieso que me sentiría preocupado. Muy preocupado por nuestro futuro, si uno o dos de los entes creados por Xac Svor andan aún danzando por ahí...

—¿Qué quiere decir? —gruñó Dinhar.

—Un ser capaz de alterar su físico a placer, de contraer o dilatar indefinidamente su materia, dándole el aspecto que desee, puede también partirse, multiplicarse a sí mismo por una división de células o una autocreación. Si de «uno» es capaz de hacer cuatro o cinco, o simplemente «dos»... será el mundo entero el que esté en peligro de sufrir un azote espantoso. ¿Lo comprende ahora, Dinhar?

—Creo que sí —declaró el científico, inclinando la cabeza—. Una invasión.

—Esa es la palabra —asintió Marko, sombrío—. Una invasión que no llegará de planeta alguno, como temen siempre los pesimistas, sino de nosotros mismos, de nuestro mundo...

—¡Y mi propio padre tuvo que ser quien abriera las puertas a esa invasión horrible! —estalló Jazzah Svor, desesperadamente, estallando en vivo llanto.

Dinhar se apresuró a consolarla, acercándose a ella, a despecho de la vigilancia militar, y la rodeó con un brazo afectuoso, prodigándole palabras dulces, cordiales.

Marko hubiera querido apartarle de la muchacha, pero comprendió que carecía de autoridad para ello, y que no tenía la menor confianza con la muchacha para hacer nada semejante. Después de todo, Dinhar era el único amigo que le quedaba a Jazzah allí.

Se apartó, silencioso y hosco, repitió su orden a los agentes, y ascendió al piso superior, comprobando que toda la casa, los jardines y alrededores estaban controlados militarmente por la Policía de Seguridad.

Del monstruo alucinante con el que se enfrentaran poco antes, ni el menor rastro. Parecía haberse evaporado, pese a su descomunal tamaño. Pero allí quedaban, como huellas espantosas de su paso, de su existencia, real y diabólica, la babosa estela brillante que se deslizaba desde el laboratorio experimental hasta la puerta metálica del almacén, y los dos esqueletos sangrientos allí donde surgiera la mosca colosal por vez primera.

—Los esqueletos serán trasladados al cuartel General, para su análisis e identificación —informó un policía a Marko—. Pero vea esto, teniente... ¿Qué hacemos con ello?

Orval se estremeció al ver lo que le entregaban. Sobre una plataforma de vidrio, una campana del mismo material, transparente, mostraba en su interior el cuerpo inerte, inmóvil, de una pequeña mosca. Una mosca vulgar, ni mayor ni menor que otra cualquiera de su especie.

El joven oficial interplanetario recordó aquella otra, ciclópea y voraz, que le mirara con sus mil ojos malignos y crueles. Estudió la pequeña figurilla alada, yacente sobre el vidrio.

Parecía muerta, totalmente inofensiva.

Pero Orval sabía que significaba algo. Había sido recogida del laboratorio. En aquel insignificante insecto había comenzado todo.

Ahora... ¿dónde terminaría?

* * *

El análisis estaba concluido. El coronel Voros tendió a Marko unos informes. Escuetos y fríos, pero terriblemente detallados.

—No hay dudas, teniente Orval —observó el coronel—. Uno de los esqueletos responde por completo en estructura ósea, medidas y hasta en algunas lesiones claramente indicadas en su ficha del Consejo Científico Internacional. Era el profesor Xac Svor.

—Nunca esperé otra cosa —declaró Marko gravemente, inclinando la cabeza—. Lo lamento por su hija. Él encontró un final merecido a su imprudente investigación. Jamás debió abordar una locura semejante.

—Estamos de acuerdo, Orval, pero eso ya no tiene remedio. Svor murió, pagando cara su insensatez científica. Sin embargo, su muerte no impide que su creación, la «polimorfía», se convierta en un peligro terrible, diabólico, e incapaz de combatir por falta de información concreta y de datos científicos. No se ha hallado nada que arroje luz, entre los papeles, audífonos y cilindros sonoros de apuntes del profesor.

—¿Y el otro esqueleto? ¿De quién era? ¿De Lambell o de Walko?

—No podemos saberlo. Eran hombres de similar contextura física, ninguna seña particular dental u ósea, y no estaban registrados en el archivo científico, por ser simples auxiliares.

—Ya. Un misterio más. Ni siquiera sabemos quién ha muerto y quién vive.

—¿«Vive», dice usted?

—Sí. ¿O qué imagina? Si aparecen esos esqueletos, es que Svor y un auxiliar murieron. Pero ¿y el otro? ¿Adónde fue a parar? No cabe duda de que el superviviente de los tres tuvo que ser el objeto del experimento, el hombre convertido en «polimorfo».

—¿Y el que devoró a sus dos compañeros? —Voros se estremeció, horrorizado.

—Eso es. Hemos de ser prácticos y admitir la realidad tal como es. El que falta es la mosca, el reptil o lo que sea... como puede ser ahora un gato, un león, una oruga... o «un hombre».

—¿Un «hombre»? —Voros dio un respingo, enarcando las cejas—. ¿Qué dice?

Marko dijo:

—¿Por qué no volver a su primitiva forma, si puede ser lo que desee? Seguirá siendo un ente voraz y cruel, que se nutrirá de sus semejantes, bajo un aspecto normal, apacible y sencillo.

—¿Por eso hizo estudiar tan a fondo a Dinhar, el tercer auxiliar de Svor?

—Sí. ¿Qué han sacado en limpio?

—Nada. Es un hombre perfectamente normal, según la Ciencia. ¿Qué esperaba encontrar en él?

—No lo sé —Marko se mesó los dorados cabellos con irritado nerviosismo —. Eso es lo malo de todo esto: andar a ciegas y no saber lo que se busca. Pero algo, «algo» del «polimorfo» habrá dejado de ser como era en principio. El día que sepamos lo que es ese algo, habremos dado un paso de gigante.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, seguiremos dando palos a ciegas por doquier, señor.

—Me parece la expresión exacta. Porque si Lamben o Walko pueden ser nuestro objetivo, ¿qué pinta Dinhar en ello, y por qué sospecha usted de él?

—Verá, señor. Yo sigo viendo oscuramente una cosa: la desaparición y reaparición de Dinhar. No estaba en la casa durante nuestra huida del monstruo. Y de repente, cuando suenan los reactores de la Patrulla, Dinhar golpea la puerta. La misma puerta que poco antes estaba rozando aquello... Puede ser como él dijo, pero no sonó a verosímil. Y también puede ser que nuestro polimorfo, sea quien sea, de convierte de nuevo en humano... pero adoptando la forma de Dinhar. O acaso nunca dejó de ser Dinhar, y su historia es mentira de arriba abajo y fue él quien sufrió la experimentación.

—Pero su teoría tiene un punto débil —sonrió Voros—. Faltaría otro esqueleto: el del tercer auxiliar, Lambell.

—Sí, lo sé muy bien —Marko respiró con fuerza—. Es dar vueltas a un círculo vicioso. Siempre hay algo que falla.

—Olvídese de Dinhar y hará bien, Marko. He observado que es muy amigo de su estimada señorita Svor. ¿Viene de ahí su antipatía hacia él? Los celos son peligrosos para la razón fría y justa...

—Gracias por recordármelo, señor —manifestó Orval con sequedad—. De todos modos, busquen por las cercanías. Acaso den con un tercer esqueleto o con el cadáver de Lambell.

—No pierde las esperanzas de cargar el mochuelo a Dinhar, ¿eh?

—No pierdo las esperanzas de que el verdadero polimorfo se descubra, tarde o temprano, en algo. Dinhar es mi primer sospechoso. Y no tengo muchos para elegir.

—¿Todo eso quiere decir que renuncia ya a sus vacaciones y prefiere seguir el rastro a los monstruos de la nueva caja de Pandora abierta por el profesor Svor?

—Oficialmente, seguiré de vacaciones, señor. Pero durante este permiso,

voy a dedicarme a buscar la verdad. Esté donde esté.

—¿Sin ayuda de la Patrulla?

—Sin ayuda de nadie. Bueno, sí, de alguien... Quisiera que mi compañero Dorae me acompañase también en esta labor.

—¿Y a él cree que le gustará la idea? —rió Voros de buen grado...

—Sé que vendrá conmigo adonde sea. Tengo fe en él.

—Bueno, yo no puedo obligar a Dorae a seguirle en esa locura. Debería prohibírsela también a usted, Orval, porque puedo perder uno de mis mejores oficiales. Pero sé que no reposaría tranquilo, sabiéndose cruzado de brazos mientras ese azote exista. Tenga en cuenta, sin embargo, que si antes de finalizado su permiso no ha dado con algo positivo, volverá a su unidad y otros se harán cargo del caso, como uno más dentro de la habitual rutina investigadora.

—Sí, señor.

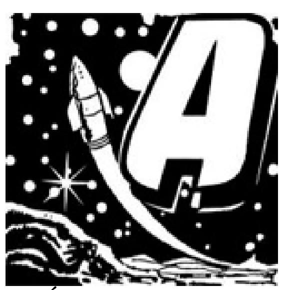
—Bien, eso es todo. Ahora haré llamar a Dorae y le dejaré con usted, a ver si logra convencerle. Nosotros no intervenimos en ello, recuérdelo.

—No lo olvidaré, señor —repuso Marko secamente, saludando en forma marcial y saliendo de la oficina de Voros.

Una vez solo, el coronel Voros del Servicio de Vigilancia Espacial frunció el ceño, hondamente preocupado. Permaneció largos minutos pensativo. Finalmente, se inclinó, haciendo funcionar el botón del microvisor y pronunció unas breves y tajantes órdenes.

CAPÍTULO VI

EL REFUGIO ÁRTICO



LZÓ Jazzah Svor su cabeza lentamente. El luto le sentaba bien. Parecía más bella y delicada que nunca. Junto a ella, el joven y hermético Dinhar se ocupaba en clasificar unos archivadores sonoros del profesor Svor. No había nadie más en el laboratorio.

—Buenas tardes, teniente —saludó la muchacha con amabilidad—. ¿Se les ha olvidado algo a los del Servicio de Seguridad? Creí que todo lo habían husmeado ya.

Marko la miró sorprendido:

Su tono era duro, poco amable. Los ojos de la muchacha, fijos en el joven oficial, pasaron después con igual hostilidad al joven silencioso situado tras de Marko Orval.

—No venimos en nombre del Servicio de Seguridad —sonrió Marko—. Solamente como un amigo. Un buen amigo que sólo quiere ayudarla, señorita Svor.

—¡Ayudarme! —el sarcasmo, ácido e hiriente, fluyó en la voz de Jazzah —. ¿A qué? ¿A recordar que mi padre fue algo así como un criminal contra la sociedad, creando seres que hoy constituyen un peligro para todos? Lo sé. ¡Lo sé todo, señores, pero no lograrán que odie por ello a mi padre! Él buscaba, algo grande y beneficioso. Algo falló en sus experimentos, algo con lo que él no contaba. Pero ahora es fácil hallar un culpable: él. ¡Está bien, fue culpable, si eso les gusta! Pero ya pagó su culpa. ¿No pueden olvidarnos, dejarme en paz de una vez y para siempre?

Reinó el silencio. También Dinhar miraba con franca hostilidad agresiva a los dos visitantes. Sin embargo, ninguno de estos pareció inmutarse por el hosco recibimiento.

—¿No nos hemos equivocado de puerta, teniente? —preguntó Dorae algo burlón.

—Empiezo a pensarlo —respondió Marko, con cierta sequedad, dando un paso adelante—. Escuche, Jazzah: no quiero que tenga esa fea impresión de mí. Si se ha hecho todo eso, penoso y desagradable, ha sido porque así lo

exigían las circunstancias. Usted misma vio la realidad por sus propios ojos. Ante un peligro así, hemos de luchar, desplegar todos nuestros medios, en busca de una defensa que sea a la vez eficaz ataque. Pero yo nada le he dicho de su padre. Si él cometió un error, fue el primero en pagarlo con la vida y nadie piensa en acusarle de nada.

—No. Usted prefiere acusarme a mí, ¿no es cierto? —apuntó con frialdad Dinhar mirando resentidamente al oficial de la Patrulla del Espacio.

—Tampoco. Prefiero dudar de todo y de todos, mientras no tengo otro remedio —fue la seca réplica de Marko—. Durante mis servicios en la Patrulla del Espacio he vivido casos muy extraños, Dinhar. Pero tal vez éste de ahora sea el más sorprendente, el más inverosímil y tremendo de todos. ¿Se le ha ocurrido pensar que en cualquier momento yo mismo, la señorita Svor o cualquier otro de los que tratamos a diario familiarmente puede ser una nueva forma física del polimorfo creado por el doctor Svor?

—Sí —Dinhar se estremeció, inclinando la cabeza—. Me doy cuenta de que nadie vivirá tranquilo de ahora en adelante. He oído hoy los boletines radiados y los fono-viso-diarios. En varios países han sido muertos brutalmente animales de diversas especies, a los que las gentes creían ver mayores de lo habitual, y con una mirada feroz que no era la suya.

—Yo también lo he oído —asintió Marko—. Es el pánico, Dinhar. El pánico cunde en el mundo, cuando presiente un peligro. En el África Ecuatorial una invasión de insectos voladores ha causado un terror tal, que los muertos se cuentan por docenas, en la desesperada ceguera de la fuga. Resultaron ser vulgares moscas tropicales, sin peligro alguno.

—¿Y eso debe ocurrir? ¿No será un poco obra de su sensacionalismo, teniente?

—Es posible —admitió Orval, encogiéndose de hombros—. No es misión mía impedir el pánico, sino avisar a los humanos de lo que mis ojos han visto y pueden ver los suyos en cualquier momento. Lo demás es el resultado inevitable de toda crisis.

—¿Ha venido a avisarnos de que nos miremos entre nosotros con recelo? —apuntó glacialmente Jazzah—. Si es así, creo que ha cumplido bien su misión, teniente.

—Me duele su hostilidad, créame. No he venido a eso, ni he venido a hacer advertencia alguna. Oficialmente, estoy de permiso. Este muchacho que me acompaña es Dorae, mi ayudante y piloto del espacio. Entre ambos tratamos de encontrar algo, un rayo de luz sobre los experimentos de su padre.

—¿Otra vez eso?

—Jazzah, no debe interpretarme mal. No busco señalar a su padre con dedo acusador, sino encontrar un medio de destruir su obra, de atacarla, de saber lo que es y en qué consiste. ¿Aún no ha advertido que nadie sabemos nada de la naturaleza del descubrimiento de su padre? ¿Cómo obtenía la polimorfía? ¿Es posible aniquilarla una vez creada?

Algo en Jazzah cambió. Su mirada a Marko fue más suave, y sus ojos se

humedecieron, a punto de derramar llanto. Inclinó la linda cabeza, musitando con timidez:

—Perdone, Marko. Creo que mis nervios me dominan horriblemente estos días. Todo aquello fue demasiado fuerte para mí. Le he tratado injustamente. Después de todo, usted no sólo salvó mi vida, sino que hizo posible que ahora sepan las gentes lo que puede acecharles en cualquier momento...

—No se disculpe, Jazzah. Comprendo bien su estado de ánimo.

—Gracias. ¿Qué quiere saber concretamente?

—Todo lo que usted conozca sobre las investigaciones de su padre, sus confidencias, sus datos más importantes. Necesito todo eso.

—¿Es una petición oficial? —apuntó Dinhar.

—No —Marko le miró fríamente—. A usted sí se le han dirigido ya muchas peticiones oficiales, y su respuesta fue siempre la misma: no sabe nada de nada de los últimos avances del profesor en la materia. E insiste en que iban muy atrasados sus trabajos, solamente dos semanas atrás, como para dar un avance tan definitivo y gigantesco en su idea, ¿no es eso, Dinhar?

—Sí —afirmó él, desafiante—. Y no he dicho nada que no sea cierto. El profesor no nos hubiera mentido a sus colaboradores, ni tampoco a su hija. A todos nos confesaba su impotencia para lograr el paso definitivo, el avance que diera con el fin de su obra. Podía alterar la materia muerta, por medios artificiales, conocía el secreto de la deformación, crecimiento o reducción de las células vivas, pero le era imposible ligar ambas cosas, compaginando los dos puntos básicos de su teoría.

—Papá me dijo lo mismo, hace apenas unos días —asintió Jazzah lentamente.

—Bien —Marko reflexionó, ceñudo, agregando a continuación tras un silencio—: Si todo eso es cierto, algo ocurrió durante estos últimos días, para que el profesor diera con su secreto. El gran enigma se le reveló y con él la metamorfosis de la materia viva de cualquier cuerpo. Precisamente a ese algo es al que quiero yo llegar.

—¿Y cree poder alcanzarlo o entreverlo siquiera, gracias a mí? —declaró con escepticismo la joven.

—Creo que sí. Por favor, Jazzah, se lo pido como Marko Orval, un amigo y un hombre que quiere la verdad, para ayudar a sus semejantes. No como oficial de la Patrulla del Espacio ni como agente del Servicio Mundial de Seguridad. ¿Qué me contesta?

Jazzah Svor miró, vacilante, a Dinhar. Este clavó en ella unos ojos inexpresivos, pero en cuya luz brillaba algo así como un mensaje mudo: «Dile que no a ese polizonte».

Marko apretó los labios, con coraje. Sospechaba que Dinhar ejercía sobre la linda joven algún extraño influjo y pretendía hacerlo valer ahora. Los puños del joven oficial se cerraban, esperando la respuesta negativa. De darse, iría en derechura a Dinhar, y le hablaría en otro lenguaje muy diferente al utilizado hasta entonces.

Pero no fue necesario, la decepción más profunda se reflejó en el rostro tirante del ayudante de Svor, cuando Jazzah respondió sencillamente al oficial de la Patrulla del Espacio:

—Está bien, Marko. Le ayudaré cuanto esté en mi mano.

Los ojos de Orval dieron su agradecida respuesta muda a la joven.

* * *

—Es un paisaje portentoso.

—¿Es la primera vez que sube a estas alturas?

—Sí. Papá no era muy partidario de llevarme con él en sus viajes periódicos, y aun éstos los hacía siempre a una altura no superior a las veinte millas sobre la superficie terrestre, como cualquier otro vehículo aéreo de nuestro tiempo.

—Esto no admite comparación con cosa alguna, Jazzah —suspiró Orval, apoyando sus manos en el reborde metálico de la gran vidriera de plástico inalterable al calor, al frío y la velocidad. A través de la ventana abierta a los cielos, los astros fulguraban, nítidos, como luces colgadas del negro espacio y las nebulosas lejanas eran como manchas fosforescentes dispersas en el infinito. Era un espectáculo increíble—. Vea esos mundos, esos planetas, estrellas, satélites y conjuntos de astros remotos. El hombre puede hoy alcanzar casi todo lo que abarcan sus ojos. Basta oprimir un botón de determinado color para que los reactores a fotones desarrollen velocidades fabulosas por el vacío. Y aun así no ha perdido la belleza, el misterio y la sugestión irreal que debió de tener en el pasado, cuando el hombre soñaba con la conquista de los espacios siderales, y los enamorados no podían ver la luna sino en un parque público, y no como hoy, al alcance suyo en un viaje breve y económico, con las bases terrestres acondicionadas en la superficie, lunar, bajo grandes campanas transparentes, repletas de oxígeno. Toda esta mecánica prodigiosa, este avance y este progreso, no ha logrado romper los sueños, ni desvirtuar la belleza de lo imposible y de lo lejano...

Jazzah escuchaba como fascinada al Marko Orval que hablaba; alguien muy distinto al frío, eficiente y audaz oficial de la Patrulla del Espacio. Parecía un soñador, un romántico y juglar de los cielos.

Dorae, como ajeno a su charla, se mantenía firme en su puesto, tripulando aquella pequeña y vertiginosa nave particular, de fuselaje rojo y proa aguda e incisiva, apuntada a las lejanas estrellas. No era la SP-117, sino la propia nave-cohete privada del teniente Orval. Una reproducción en pequeño de la nave oficial, de la que dotaban a todos los oficiales y jefes del Cuerpo Espacial.

—Empiezo a envidiar su labor —suspiró Jazzah Svor, apartándose con dificultad de la ventana, porque la contemplación de todo aquel prodigio celeste era demasiado subyugante para renunciar a ella—. Debe de ser maravilloso vivir siempre en estos lugares, lejos del mundo y su mecanismo,

sumido en una especie de sueño imposible, danzando en lugares donde la vida humana nada significa, y donde todo cuanto nos rodea es capaz de llenar nuestro espíritu de luz, de pureza y de fe en la Creación.

—Sí, Jazzah —Marko la miró, sorprendido—. Es justamente lo que yo pienso. Pero jamás lo expresó nadie ante mí en forma tan clara y simple. Acaso porque jamás una mujer subió conmigo a estas zonas del espacio. Y es precisamente ahora, en su compañía, cuando toda esta inmensidad, esa infinita belleza y esa eterna obra perfecta que es el Universo, tiene para mí un nuevo sentido, una nueva sugestión prodigiosa...

Jazzah no respondió. Se dijo que, en su interior, también ella pensaba algo parecido. Aquel espacio soñado, pero nunca visto, salvo en los telediarios, no sería el mismo para su sensibilidad... si no fuera porque Orval estaba allí, junto a ella. Hubiera sentido miedo de verse a tantos miles de millas de la Tierra, perdida en la inmensidad vacía de los cielos. Pero no junto a él. No junto al hombre que la había salvado de un monstruo días antes, gracias a su valor, energía y decisión.

—Gracias, Marko —susurró por fin, inclinando la cabeza—. Es hermoso oír una cosa así.

Él murmuró:

—Es que también es hermoso sentirse a su lado, Jazzah...

Hubo un silencio. Prolongado, dulce y suave. Ella sonrió por fin. Marko también, y sus manos se encontraron de un modo casi involuntario. Y como un aletazo frío y sutil, algo agitó a la bella muchacha, la hizo acurrucarse contra Marko, musitando estremecida:

—Marko, tengo miedo. Creo que lo tenía ya antes de ocurrir... aquello. Era como un presentimiento de que algo horrible se avecinaba. La noche en que papá tuvo la pesadilla...

—¿Una pesadilla? ¿Cuál, Jazzah? —preguntó vivamente Marko, con voz tensa.

—No sé. Oía sus palabras a través del muro plastificado que separaban nuestras habitaciones. Eran cosas ininteligibles, absurdas, como todo lo que decimos dentro de un mal sueño. Decía que las moscas no le dejaban respirar, que le asfixiaban...

—¿Moscas? —Marko miró fijamente a Jazzah, que se estremeció al adivinar lo que pensaba.

—Sí, Marko, sé lo que piensa usted. Aquel horrible bicho... también era una mosca. Pero entonces yo no sabía eso. Sin duda, papá estaba a punto de dar con el medio de lograr su proyecto, y la ansiedad le hizo soñar cosas horribles...

Marko estaba, interesado.

—Siga, Jazzah. ¿Qué ocurrió después?

—Me levanté y acudí a atenderle. Estaba bañado en sudor, pese a tener las ventanas abiertas al jardín artificial. Zumbaban, desde luego, varias moscas sobre su rostro sudoroso, y las ahuyenté, a la vez que despertaba a papá. Lo

hizo muy sobresaltado y me dijo que había sufrido una horrible pesadilla. Yo le pregunté entonces qué soñaba relacionado con moscas, y él me miró con ojos muy dilatados, extraña la expresión, contestándome: «No recuerdo nada de eso, hija... Pero ciérrame la ventana. Esos malditos insectos no me dejarían dormir. El verano es insoportable a veces. Protégete tú también de las moscas...». Se tendió de nuevo y yo volví a mi lecho. Pero me dormí con la impresión tonta de que sus últimas palabras eran como un aviso: un aviso contra algo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Unos siete u ocho días antes de que... sucediera lo que sucedió.

—Ya —Marko meditó, ceñudo—. Resulta todo muy sorprendente, ¿Su padre cambió mucho a partir de esa fecha?

—No sé. No podría decirlo con exactitud, mientras estuvo ausente, pero al volver...

—¿Ausente? ¿Dónde estuvo después de su pesadilla de verano?

—¿No se lo he dicho ya? En su refugio del Polo Norte.

—¡El Polo Norte! —el estupor de Marko fue inmenso—. ¡Cielos, claro que no me lo ha dicho! ¿Qué significa eso, Jazzah?

—Nada anormal. Papá, como todos los científicos, gustan a veces de una soledad absoluta, para meditar mejor, para concentrarse en sus trabajos delicados. Eligió un refugio ártico, lejos de la civilización que actualmente se extiende sobre los hielos. Dista casi mil millas del lugar habitado más próximo. Creí haberlo mencionado ya.

—Si lo mencionó antes, no sería a mí. ¿Usted conoce ese refugio de su padre?

—A veces fui con él, pero de eso hace tiempo. Ya le dije que no gustaba de llevarme con él en viajes aéreos, y ese era su viaje habitual: del laboratorio al Polo Norte.

—¿Podría citarnos su emplazamiento aproximado, Jazzah?

—Bueno, no sé... Tal vez sí. Dista mil millas de Articópolis, hacia el norte, y su situación geográfica es, más o menos, esta... —y sobre un mapamundi luminoso extendido en una pared de vidrio, fijó un punto sobre el Círculo Polar Ártico.

—¿Será eso suficiente, Dorae? —exclamó vivamente Marko, dirigiéndose a su auxiliar.

—¿Para ir allí? —el piloto se encogió de hombros—. Puede intentarse.

—¡Rápido entonces! ¡Regresa allá!

—Pero, Marko, ¿qué se le ha ocurrido? —Jazzah no salía de su asombro.

—No lo sé. La existencia de ese refugio ignorado me ha llenado de confusión. Si su padre estuvo allí antes de volver para concluir su experimento, acaso hallemos aún alguna cosa de interés. Sin duda, en ese refugio concluyó sus estudios y experimentos repentinamente. ¿Influenciado por qué? ¿Por un sueño? ¿O el sueño era influenciado por el hallazgo del científico? De cualquier modo, interesa llegar allí, antes de que cualquier otro

se nos anticipe...

—¿Otro? ¿Quién va a ser?

—No lo sé. Acaso el monstruo de aquella noche... acaso Dinhar.

—¡Dinhar! ¿Por qué iba él a...?

—No me pregunte nada, Jazzah. Estoy tan confuso como usted, aunque pretendo ver claro. Pero estamos empeñados en una lucha implacable contra «algo» que nos amenaza. No podemos perder tiempo. Ese espacio que usted ve ahí afuera, esa armonía prodigiosa de los mundos y de los cielos, puede desmoronarse un día, si un azote capaz de atacar por igual a la Tierra y los cuerpos celestes, dejando a su paso solamente osamentas humanas y un rastro babeante, crece y se multiplica ante nuestra indiferencia.

Jazzah no respondió. Su vista, fija en la gran ventana del cohete, veía ahora trocado el panorama. Al fondo, se distinguía la esfera ligeramente oval de la Tierra, azulada y envuelta en brumas, hacia la que regresaban a velocidad fulgurante, teniendo por blanco el Círculo Polar Ártico.

El sentido de urgencia desesperada que poseía Marko Oval, se le había contagiado súbitamente. Comprendía que el secreto preciado de su padre podía estar encerrado allí, en el cubículo de cemento y acero que poseía el sabio en el centro de las llanuras blancas y heladas del Polo.

Aferrada a su brazo, miró hacia la Tierra, cada vez más cercana, aunque el cohete, por la falta de puntos de referencia, en vez de volar vertiginosamente hacia el mundo de los hombres, parecía suspendido, inerte en el vacío, ajeno a tanta premura.

Pero no era así. Dorae, con manos febriles, conducía la nave a través del mar negro del espacio, salpicado de centelleos lejanos y de mundos diversos girando en sus órbitas. Y la velocidad de regreso a la Tierra era realmente fabulosa.

Los reductores automáticos entraron en funcionamiento cuando el proyectil tripulado alcanzó los límites de la atmósfera terrestre, los refrigeradores combatieron el calor ingente del roce con la masa gaseosa, equilibrando la temperatura externa de la nave, y el mando electrónico adaptó las condiciones de vuelo a la atmósfera terrestre, aunque a velocidades extraordinarias.

Rodearon toda la esfera terrestre, azulada y borrosa bajo sus pies. Subieron hacia septentrión, dejando atrás las manchas oscuras de países y continentes, en busca de la sinfonía glacial, blanca y azul, del casquete polar ártico.

—¡El Polo Norte! —señaló Dorae, cuando en la pantalla de radar apareció una estría roja, que se arqueó, hasta convertirse en un simple punto central, limpiamente dibujado—. Estamos volando sobre él, teniente.

—Bien, Jazzah, ahora tú diriges —sonrió Marko Orval—. Oriéntanos...

Ella, situada frente al mapa luminoso, veía sobre, él la fina recta trazada por el orientador magnético de a bordo, un hilo de luz verde sobre el mapa de vidrio iluminado.

—Desvíese ocho grados al norte y tres al oeste —avisó ella, serena,

mordiéndose el labio inferior para dominar sus nervios. Siguió el nuevo trazo verde de luz, y asintió—: Sí, eso es... Un poco más, apenas una décima de grado... ¡Ahora! Estamos volando sobre la zona donde papá tenía el laboratorio secreto.

—Atento, Dorae —previno Orval, fijando la posición exacta en el mapa y en el autocontrol de la llave, que avisaría en cuanto el cohete regresara, tras una curva abierta, al punto señalado. La luz roja del muro se encendió, tras varios segundos de espera, durante los cuales la nave giró sobre sí misma para volver al punto indicado—. ¡Desciende!

Dorae hizo la maniobra limpiamente. El cohete descendió, silbando furiosamente, hacia el suelo blanco polar. Quebráronse las nubes a su paso, abiertas por la aguda proa de la nave sideral.

La estepa blanca, monótona e infinita, apareció bajo sus pies. Inhóspita, desierta y eternamente frígida, a pesar de los espejos solares con los que se pretendía combatir el creciente enfriamiento terrestre.

—¡Allí es! —señaló Jazzah, a través del gran ventanal, hacia un punta en la albura nevada, donde asomaba un tejado hemisférico, en forma de cúpula, de algún material plástico y aislante al frío, como el «bronzeplast», que era la última palabra en materia flexible y durísima, impermeable a toda temperatura, fuego y proyectiles.

Marko sólo apreció la semiesfera, blanca y brillante, surgiendo de los hielos. Se volvió a Jazzah.

—Resulta bastante visible. ¿No teme que haya entrado alguien ahí, o que entrara en alguna otra ocasión?

—Imposible —sonrió ella—. Nadie se aventura por estas zonas heladas. Y aunque lo hiciese, nunca podría entrar. El «bronzeplast» es invencible.

—Pero habrá puertas, ventanas...

—Nada de eso. Funciona magnéticamente, sólo con pronunciar una determinada frase en determinado punto de su estructura. Entonces, la cúpula cede en un segmento y se puede entrar.

—¿Usted conoce esa frase?

—Sí. La compusimos juntos papá y yo, por si alguna vez fallaba su memoria.

—Es la llave más original que he visto, señorita.

La nave tocó tierra, abriendo un surco profundo en la nieve con sus estrías rodantes, hasta detenerse frente a la cúpula blanca, parecida a un enorme caparazón, una extraña burbuja lechosa saliendo de la nieve, o un misterioso y enorme huevo de alguna ave antediluviana.

Al llegar frente a la cúpula, fueron rodeándola lentamente, hundiendo sus pies en la esponjosa blandura de la nieve. Por último, Jazzah se detuvo en un punto que parecía idéntico a todos los demás de la semiesfera, pero que ella señaló indicando:

—Aquí es —y se disponía a pronunciar la frase ritual, como en una versión ultramoderna del remoto cuento oriental de Alí Babá y la gruta mágica de los

ladrones.

Entonces sonó sobre sus cabezas un extraño y ronco zumbido.

Los tres expedicionarios alzaron sus ojos al cielo, plomizo y denso, de las zonas polares. De momento, no pudieron ver nada, pero el zumbido creció de grado, igual que el de un abejorro aproximándose más y más en su vuelo. Sólo que éste era un zumbido sordo, centuplicado, estremecedor y siniestro.

—¿Qué es eso? —masculló Dorae, echando mano de su pistola.

Jazzah, instintivamente, se había sentido dominada por el terror, y se dejaba rodear por un brazo de Marko, en tanto que el joven esgrimía asimismo su arma de fuego azul, sin apartar los ojos del cielo.

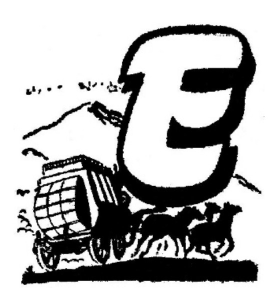
Todos presentían que aquel monótono y extraño zumbido significaba un peligro. Un peligro desconocido que, se acercaba a ellos, que debía acecharles tras de las nubes, que de un momento a otro sería vomitado por éstas, como un azote del cielo...

Simultáneamente, Dorae se había sentido atraído por algo anormal que ocurría a sus espaldas, y giró sobre sus talones, con todo su cuerpo en tensión.

—¡Mirad! —chilló, con vivo temor—. ¡La cúpula se está abriendo!

CAPÍTULO VII

LA NAVE NEGRA



RA cierto.

Un segmento blanco, brillante y duro, como un corte en una naranja, se iba deslizando a un lado, dejando un paso oval, alargado hasta la cima misma de la cúpula. Jazzah gritó, atemorizada, y su grito se borró en la inmensa llanura, dominado por el estruendo de aquel zumbido del espacio que se abatía sobre ellos con creciente fuerza, hasta ahogar todo otro sonido.

De momento, no se veía nada.

Marko no sabía si concentrar su atención en la cúpula o en lo que llegaba de las alturas. Se tapaba los oídos, para no sentirse perforado por el zumbido, de tal intensidad ahora que llegaba al fondo del cerebro, barrenándolo cruelmente.

Giró la vista a la cúpula del refugio secreto del profesor Svor... y se quedó petrificado. Rápido le gritó a Dorae:

—¡Apártate de ahí! ¡Huye, Dorae! ¡No trates de disparar, porque es inútil! ¡No le hacen efecto los rayos de luz azul!

Dorae retrocedió, lívido y aterrorizado ante la visión horrenda del interior de la cúpula. Jazzah gritó, gritó aguda y largamente y Marko no pudo evitar que rodara inconsciente a sus pies, sepultando el rostro en la nieve.

Primero, salieron dos largas, espinosas y duras patas negras, que se hundieron en la blancura nevada, como tanteándola. Siguió un morro horrible, unos ojos que eran como miles de ojos clavados en ellos, un cuerpo enorme, negro-azul y satinado, y una larga, cónica trompa que hizo un ruido extraño al succionar el aire.

—¡Es esa cosa, Dorae...! —rugió Marko, frenético—. ¡La mosca!

El ayudante del teniente no podía reaccionar. Se sentía alelado, incapaz de obrar de alguna forma frente a la visión alucinante. Unas alas membranosas, enormes y redondeadas, se agitaron, pretendiendo remontar el vuelo cuando aún no había salido totalmente de la cúpula...

Marko sintió náuseas, por encima incluso de su humano temor a aquel monstruo. No resistiría que aquello volase, lanzándose sobre ellos

glotonamente.

Pero era, precisamente, lo que estaba a punto de hacer...

El zumbido de los cielos era atronador ya, y ahogaba cualquier chirriante ruido que pudiese hacer el insecto gigante. Marko giró la cabeza, descubriendo al fin lo que horadaba vertiginosamente las nubes, penetrando en su campo visual y en el del alucinado Dorae.

Como proyectado desde algún remoto lugar del espacio por una fuerza apocalíptica, un enorme disco negro de magnitud inconcebible, casi nubló el sol ártico, frío y distante.

Era como lo que siglos atrás la fantasía popular llamara «platos volantes». Pero de un tamaño colosal, totalmente negro y lustroso, hendiendo el aire con un avance vertiginoso, a la vez que giraba sobre sí mismo, en una rotación de torbellino.

Marko desenfundó otra clase de arma, desechando la inútil pistola de luz azul, que Dorae estaba ya vaciando en vano contra la mosca gigantesca. Ésta acababa de remontar el vuelo con un aleteo siniestro, y sus miles de celdillas oculares se fijaban, malignas y amarillentas, en Marko Orval, a quién sin duda identificaba como su enemigo mortal.

Marko retrocedió, igual que un pigmeo ante el acoso de un cíclope, por la blancura esponjosa y helada de la estepa polar. La sombra enorme de la mosca le eclipsó por un momento, en tanto que la diestra engarfiada del oficial empuñaba un largo, afilado y centelleante cuchillo electrónico, de mando de pilas en la empuñadura.

Al retroceder, cubriendo el cuerpo inerte de Jazzah, a la que la mosca parecía desechar, Marko resbaló. Hincó una rodilla en tierra, alzado su lívido rostro y su puño esgrimiendo el cuchillo electrónico, en tensa espera...

Aletearon las membranosas piezas voladoras del insecto, y la nauseabunda forma azul negra, velluda, y sostenida por sus largas patas flexionadas, se abatió sobre Marko.

Orval estiró cuanto pudo el brazo armado del cuchillo electrónico. La punta acerada tocó la faz de pesadilla del insecto.

En el acto, la descarga electrónica recorrió toda la hoja, comunicándose a la mosca. Ésta se agitó, sacudida por un calambre poderoso, y vibraron sus alas en un trepidar agudo. De su trompa escapó un chirrido agrio y doloroso. Saltó en el aire, retrocediendo del arma que esgrimía Marko.

Dio un corto vuelo.

Los ojos amarillos le miraron con verdadero odio, con profunda aversión. Planeó sobre su enemigo, estudiando el punto posible por dónde atacar de nuevo. Dorae, ante el éxito de la maniobra de Marko, había extraído también su propio cuchillo electrónico.

—¡Bravo, teniente, creo que ha encontrado el medio de reducirle! —gritó triunfalmente el joven piloto.

Pero Marko no se sentía tan seguro de ello, ni estaba realmente satisfecho. El cuchillo electrónico era el arma más potente contra cualquier enemigo.

Quién sufría una herida de su punta, a la vez podía morir electrocutado o quedar paralizados sus miembros.

Aquella maldita e invencible mosca, sólo reaccionaba con un calambre y rehuía el choque, sin sufrir más daño. Podía mantenerla a raya, sí, pero nunca aniquilarla. Tampoco aquel arma era eficaz frente a un enemigo así.

El disco negro seguía girando, describiendo círculos cada vez más cerrados en torno a los combatientes de aquella delirante y asombrosa pugna sobre los hielos.

Marko se dijo que el disco, cualquiera que fuese su origen y naturaleza, había de ser una nave tripulada por alguien. Pero jamás vio ninguna parecida y él conocía todos los modelos militares y civiles de aeronaves de la Tierra.

¿De dónde había salido aquella nave negra, una pieza nueva e inesperada, que no encajaba en el enigma científico del profesor Svor?

La mosca parecía a punto de volver a la carga, cuando osciló de forma ostensible en el aire, como si le faltara aplomo para mantenerse en vuelo. Su trompa se agitó, con un raro estremecimiento de su bulboso extremo, y lanzó un chirrido repulsivo.

Marko, a la expectativa, cambió una mirada rápida con Dorae. ¿Caería ahora el insecto, vencido por la electricidad de su arma?

La esperanza de que eso sucediera, apenas si duró un segundo. Justamente lo que tardó la mosca fabulosa en emitir otro de sus ácidos chirridos, al tiempo que emprendía un vuelo incierto y lento hacia la nave circular negra.

Ésta se había detenido en el aire. De repente, comenzó a girar en espiral, descendiendo de nivel en el aire. Llegó frente a la mosca gigantesca, que al lado de las dimensiones de la nave, era como un moscardón vulgar junto a una fuente de dulce.

El disco, de repente, se plantó bajo las patas de la mosca. Se abrió una hendidura alargada en el casco, sin accionarlo nadie al parecer. Ante los atónitos ojos de los dos hombres, la mosca se licuó en el aire, se deshizo su forma, convirtiéndose en algo semejante a un chorro de vapor oscuro, y penetró con un sibilante rumor en la nave. Se cerró el segmento negro.

Después, la nave se abalanzó sobre ellos, zumbando rabiosamente, con giros vertiginosos.

—¡Dorae! —aulló Marko, arrojándose él de bruces sobre la nieve, y cubriendo, con su cuerpo y brazos, a la inerme Jazzah Svor, aún inconsciente.

La nave negra se abatió contra el suelo nevado, parecía que iba a incrustarse en él o a aplastar con su ciclópea mole a los tres seres perdidos en la estepa polar.

Pero no ocurrió nada de eso. Marko sintió en su espalda y cabeza un calor terrible, de horno a toda presión, algo así como si el propio sol comenzara a desprender sobre ellos goterones de fuego líquido.

El disco planeó, casi pegado a la nieve, por encima de ellos, pasó sibilante, y se remontó de nuevo, en giros increíblemente rápidos, hasta perderse en las nubes plomizas que ocultaban al gélido sol del Norte.

Marko se incorporó, asombrado. La nieve se licuaba en torno de ellos, formando grandes charcos, como si el calor enorme desprendido por el plano inferior de aquel diabólico disco negro, lo hubiera derretido a su paso.

—¡Cielos, qué calor! —jadeó Dorae, incorporándose tambaleante—. Era un infierno...

—Incluso ha derretido parte de la nieve, sólo con rozarla. Sin embargo, ese metal negro o lo que sea, no estaba incandescente ni daba muestras de afectarse por ese calor.

—¿Podrá vivir alguien ahí dentro? —gruñó Dorae estremecido.

—Parece ser que sí. Moscas que se licúan y pilotos a quienes no vemos. ¡Que el diablo me lleve, si entiendo algo de todo esto!

Se había inclinado y alzaba entre sus brazos a Jazzah, pálida y ya medio consciente.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Marko? —preguntó débilmente al recuperarse por completo.

—Vale más que no te lo cuente. Creo que volverías a desmayarte.

—Pero... ¿y esa horrible... mosca...?

—Se fue.

—¿Cómo?

—En una nave negra, surgida del cielo —Marko apretó los labios—. Y no me digas que todo es disparatado y falto de sentido, porque lo sé muy bien. Sólo tu padre y tú conocíais el secreto de la entrada a ese pabellón. Pero cuando llegamos, resulta que una mosca tan grande como mi cohete, nos da cordialmente la bienvenida y nos invita a pasar.

—Por Dios, Marko, no bromees con todo esto. Es horrible, alucinante...

—¿Crees que no lo sé? Pero nada resolveremos con la desesperación.

—¿No podríamos perseguir a aquel disco negro? —opinó Dorae de pronto, con la vista fija en el cielo nublado.

—No. Era infinitamente más rápido que nuestro cohete. Y seguramente mucho más poderoso, si juzgamos por el calor que desprendía. Eso sería una locura sin sentido. Prefiero que entremos en el refugio del profesor Svor.

—¿Ahí dentro? —Dorae señaló con evidente aprensión a la cúpula blanca.

—Eso es. ¿Te asusto acaso? No encontrarás otro rastro de la mosca que un reguero viscoso y brillante, una rara secreción que produce esa «cosa» indescriptible, mosca, hombre o lo que sea.

—¿Por qué quieres entrar ahí? —preguntó Jazzah—. No hallaremos nada...

—Resulta muy extraño que ese monstruo estuviera ahí dentro. ¿Por qué vino hasta aquí? ¿Qué hacía en el pabellón, cómo entró? ¿Y de qué medio se valió para avisar al plato negro para venir a recogerle?

—¿Y si esa mosca siempre estuvo ahí, y era el producto de otro experimento del profesor, hecho aquí, antes de volver a su laboratorio a concluir los trabajos? —apuntó Dorae muy sensatamente.

—¿Para marcharse precisamente cuando llegáramos nosotros? —atajó Marko—. Demasiada casualidad. No me gustan las coincidencias fantásticas.

Vamos, Jazzah, si te sientes con fuerzas suficientes, entraremos en ese pabellón de tu padre. Y quiera Dios que haya algún indicio que nos ayude en la lucha contra esos monstruos abominables...

Los tres avanzaron hacia el pabellón. El frío era intenso y, gracias a sus especiales trajes protectores de materias plásticas impermeabilizadas a las temperaturas, se libraban ahora de la congelación, como antes se libraron de temibles quemaduras al sufrir el chorro de fuego invisible que el disco negro dejaba tras de sí.

Se detuvieron ante el caparazón blanco, en espera de que Jazzah dijese las palabras que formaban el ritual para abrir aquel secreto refugio del desdichado profesor Svor.

Con auténtica curiosidad, Marko y Dorae observaron cómo Jazzah se situaba ante un punto del muro cóncavo, y, acercando la boca al material plastificado, susurraba:

—Jazzah Svor, hija de Xac Svor, va a entrar.

Tras aquel «Ábrete, Sésamo» dicho en tono monocorde, y que frente a un muro liso parecía grotesco y cómico, hubo una pausa durante la cual se miraron de nuevo Marko y Dorae, divertidos a pesar de la grave situación.

El hemisferio blanco comenzó a abrirse. Un segmento se plegó sobre el resto del cuerpo redondo, con un suave zumbido mecánico interior. Aquello desvirtuaba toda posible idea de obra mágica. Era un sencillo proceso magnetofónico, que a la vibración del mecanismo por un cierto número de palabras, ponía en acción un conmutador electrónico de cerradura.

Al mismo tiempo de ofrecerse abierta la entrada, una luz tenue, azulada, se hizo dentro del casquete blanco. La bocanada de aire acondicionado del interior fue cálida y acogedora. Tras haber entrado, se cerró suavemente la puerta. Dorae dio un respingo de temor y Jazzah le informó sonriente:

—No se asuste. Esa puerta se abrirá cuando salgamos nosotros. Se acciona mecánicamente siempre que quien ha de abrirla está dentro. Pero precisa de la combinación sonora si el que ha de utilizarla está fuera. Si era mi padre quien había de entrar, le bastaba alterar simplemente las palabras de la frase: «Xac Svor, padre de Jazzah Svor va a entrar».

—Así lo había imaginario —asintió Marko, caminando junto a ella por un corredor bañado en luz azul y sobre cuyo suelo lustroso brillaban pegajosos rastros de la mucosidad que era rastro inevitable de la mosca gigantesca. Y de repente añadió—: ¿Pero qué frase utilizaría para ello la mosca?

—No sé —se estremeció ella—. No creo que los insectos hablen, Marko...

—Eso no es un insecto, recuérdalo. Y, si lo es, puede alterar su físico, porque es polimorfo. Seguramente se transformó de nuevo en ser humano para entrar aquí. Y una garganta humana pronunció las palabras precisas.

Ella exclamó:

—¡Es horrible!

—Pero evidente, Jazzah. No estamos ya a alturas como para andar con tapujos.

Llegaron ante un muro de vidrio, en el que se abría una puerta de reducidas dimensiones. Jazzah la abrió con una leve presión en una moldura y, al cruzar su umbral, Marko Orval no dejó de advertir que el rastro babeante seguía hasta el laboratorio modernísimo y no muy amplio que, bajo una luz opalina, aparecía ante ellos.

—Esto confirma mi teoría, Jazzah —dijo, señalando al suelo—. Por una puerta tan pequeña, no podría pasar aquel insecto enorme. Mientras estuvo aquí dentro, tuvo que ser más reducido, de dimensiones similares a las nuestras.

—¡Un momento, Marko! —el tono de Jazzah Svor fue repentinamente agudo, urgente—. Creo que, si es así, podremos ver al intruso, tal y como era físicamente aquí dentro.

Orval la miró con viva excitación.

—¿Estás segura de eso? —exclamó—. ¿Cómo puedes hacerlo?

—Muy sencillo. Recuerdo que papá, por si alguna vez sucedía algo imprevisto, dispuso unas cámaras cinematográficas especiales, dentro de su laboratorio, que se encargarían de captar lo que cualquier visitante no esperado hiciese aquí dentro. Bastaba con que alguien cruzara el umbral de esta puerta que hemos pasado nosotros ahora, para que las dos cámaras, con un dispositivo accionado por rayos infrarrojos, capten al intruso y le sigan en sus movimientos dentro del laboratorio.

—¡Dios santo, haberlo dicho antes! —exclamó Marko—. ¿Dónde están esas cámaras?

—En esos dos lugares —señaló dos salientes del muro del laboratorio, que producían la impresión de renovadores de aire, con una rejilla metálica en su centro—. Tras la rejilla, apunta el objetivo de la cámara.

—Será preciso revelar ahora las películas impresas —observó Dorae, que no se hallaba muy a gusto allí dentro—. ¿No nos llevará mucho tiempo?

—No tema —sonrió Jazzah—. La película se imprime y revela simultáneamente dentro de las cámaras, mediante un procedimiento creado últimamente por Brampton y Rosshaw.

—Cierto, lo había olvidado —manifestó, corrido, Dorae, ante una risa irónica de Marko Orval—. Creo que la visión de... de «aquello» me ha trastornado.

—Como a todos —asintió Marko, dirigiéndose a los receptáculos laterales —. ¿Puedo entonces retirar las películas tal y como están ahora?

—Sí. Puedes hacerlo, sin que ocurra nada en ellas. ¿Oyes el zumbido del interior? Están funcionando ahora también...

Marko procedió a extraer las películas. Sonriente, Jazzah las tomó de sus manos y les condujo a un rincón del laboratorio, donde aparecía una reducida pantalla y un pequeño aparato similar a un microscopio, pero con el objetivo horizontal. Introdujo los carretes, oprimió un botón y...

—¡Mira! —señaló Marko roncamente, mirando el cuadro luminoso que se proyectaba ahora en la pantalla—. La puerta del laboratorio...

La fotografía era inmóvil. De pronto, un chasquido puso en marcha la imagen. La puerta comenzó a abrirse. Todos contuvieron la respiración...

La hoja de cristal opaco se abría despacio, despacio... Una mano totalmente humana asomó, aferrándola. Marko achicó los ojos, esperando la imagen siguiente.

Y entonces llegó la decepción. La figura que apareció en la puerta fue... Jazzah Svor. Seguida de Marko Orval y del preocupado Dorae. Todos soltaron el aire de sus pulmones, con una tremenda desilusión.

Marko cortó la proyección, extrajo de nuevo los rollos de película y los examinó a la luz opalina del laboratorio. Se los entregó a la asombrada Jazzah con un gesto de abatimiento.

—Película nueva. No ha funcionado hasta entrar nosotros.

—¡Pero ese mecanismo no puede fracasar, sea lo que sea, lo que cruce la visual infrarroja! —protestó Jazzah—. ¡Ha tenido que ocurrir algo!

—Sí. O nuestro extraño ser polimorfo se ha desmaterializado... o supo que ahí había película oculta, la suplió por otra, y se llevó la que grabara su imagen.

—¡Pero eso... eso es imposible! ¡Nadie sabe que existan esas cámaras!

—Es lo que usted supone —declaró Marko, ceñudo—. ¿Cree que Dinhar no lo sabe?

—Pues yo no creo que él... ¡Marko, por Dios! ¿Pretendes de nuevo hallar alguna relación entre Dinhar y ese horrible monstruo alado...? —se detuvo de pronto, con un brillo extraño en los ojos y se mordió el labio inferior. Agregó, débil la voz—: Yo... Marko, tengo que decirte que... que he recordado ahora algo... Dinhar adquirió las cámaras para papá y sabía que las llevaba a su refugio del Polo Norte.

—¡Según lo cual, Dinhar sabía que existía también ese refugio! —aulló Marko—. ¡Todo va tomando cuerpo!

—Pero es inconcebible, Marko... ¿Cómo puede Dinhar transformarse en... en...?

—Jazzah, piensa una cosa, y habitúate a ella: una persona, un ser humano como tú, Dorae o yo, es ahora un nauseabundo polimorfo, al parecer con extraña predilección por la forma de una odiosa mosca voraz. Pueden ser uno o más de uno, no sé. Puede ser el mundo entero, toda la civilización actual de nuestro planeta, la que paulatinamente se convierta en... en eso mismo.

—Es una idea atroz.

—Pero cada vez más evidente. Aquella nave negra, circular, me produjo terror. No por mi vida, Jazzah, sino por lo que puede significar. ¿Imaginas si está llena de seres polimorfos?

—Un momento, Marko —intervino Dorae—. Si ese ser infernal es producto de un experimento del profesor Svor, no puede haber legiones de ellos en naves espaciales.

—¿No? —el tono de Marko se endureció—. Tú viste, como yo, los esqueletos de la Estación Espacial 19: Allí hubo uno de ellos. ¿No llegaría en

la nave negra?

—Pero eso... eso significaría... que no fueron obra de mi padre —replicó vivamente Jazzah—. Sino que vinieron de alguna parte.

Marko dijo, tras una pausa:

—He pensado en ello. Pero no puedo apartar a tu padre de mi mente. Está relacionado con todo este horror, intervino en él, acaso sin querer, y lo complicó más aún. De un modo u otro, Jazzah, para eso estamos aquí: para saber hasta dónde llegó tu padre en sus experimentos, hasta dónde intervinieron fuerzas ajenas a él mismo y a su ciencia, y la naturaleza, exacta y precisa del enemigo horripilante con el que nos enfrentamos.

—Sí, Marko... —ella enmudeció, avanzando por el laboratorio, hasta el fondo del mismo. Allí abrió una mampara de cristal, indicando a Marko—: Ahí detrás, tenía papá su invernadero especial. Criaba plantas y productos para sus estudios biológicos, en relación con las plantas. Pero eso no creo que te sirva de nada. Podemos mirar en...

—¡Un momento! —cortó vivamente Marko, avanzando hacia ella cuando la muchacha cerraba la mampara de vidrio—. ¿Qué es ese ruido? ¡Viene del invernadero!

—No sé... Papá nunca me contaba nada de sus experimentos. Acaso tenga también animales, conejillos de Indias y cosas así.

—¿Y... moscas?

Dorae y Jazzah le miraron con horror. Marko, pálido, había avanzado hasta la mampara, apartando suavemente a la joven para mirar a través del recuadro de plástico aislante, al interior del invernadero.

—¿Qué quieres decir? —jadeó Jazzah, atemorizada.

—Nada... ¡Mira, Jazzah! Mira a ese invernadero... Y tú, Dorae. ¿Qué veis?

Ambos se inclinaron, asomándose a los lados de Marko. Sus ojos siguieron las multicolores hileras de plantas cultivadas en depósitos especiales, las jaulas de barrotes de vidrio, con conejillos de Indias y otros animales experimentales, alimentados por unos conductos automáticos graduados, que les servía las comidas a intervalos diarios.

Pero había más, algo más que todo aquello en el invernadero. Todos pudieron ver una forma acampanada, blanca y hermética, situada en una mesa central, cerca de las flores cultivadas. Se veían las flores más próximas a la colmena como agostadas y resecas. A otras, les faltaban hojas o tallos, y parecían picoteadas en mil sitios.

—De allí sale ese zumbido —avisó Marko, señalando la forma acampanada—. ¿Imagináis lo que es eso?

—No tengo la menor idea —declaró Dorae.

—Es una colmena —dijo fríamente Marko, mientras el sudor perlaba su frente. Volvióse en redondo a Jazzah—. Escucha esto, querida. Es muy importante que me contestes a ello, si es que lo sabes ¿Cuánto tiempo hace que esta colmena está ahí?

Jazzah Svor inclinó la cabeza, pálido el rostro y negó:

—Nunca la vi. En las dos veces que yo estuve aquí, no estaba. Ni nunca me habló de ella mi padre...

—Es suficiente —murmuró Marko, irguiéndose con un gesto de terrible resolución—. ¿Por dónde se pasa al invernadero?

—¿Qué piensas hacer, Marko? ¡No entrarás ahí si esa colmena significa algo de lo que yo imagino!

Marko explicó pacientemente:

—Mira, Jazzah, a estas alturas no se puede retroceder. Estamos empeñados en una lucha a muerte contra algo o alguien de una gran fuerza y de increíble fecundidad, si lo que yo sospecho es cierto. Ahora tenemos la oportunidad de aniquilar muchas larvas o algo que puede ser vivero de nuevos monstruos. ¡Y estoy seguro de lo que digo!

—Se entra por allí —Jazzah Svor le señaló una puertecilla lateral, junto a la mirilla de vidrio—, ahí dentro hace calor, ya que está la temperatura graduada para que ni plantas ni animales puedan perecer en ese invernadero. ¿Qué piensas hacer?

—No correr riesgos inútiles. Pero ir hasta donde sea preciso.

—Voy con usted, teniente —dijo Dorae vivamente.

—Sabía que lo harías —sonrió Marko—. Vamos, amigo. Jazzah, tú espera aquí. Y, si lo prefieres, no mires por ahí. A lo mejor se complican las cosas y no sería una escena demasiado agradable. ¡En marcha, Dorae!

La puerta se abrió. Entraron en el invernadero y una bocanada de aire cálido les recibió. La iluminación de la nave de vidrio, bajo las grandes lámparas de luz infrarroja y de refracción solar por un complicado sistema con el exterior, pero sin que directamente llegara allí nunca la luz del sol, era de un brillante, crudo tono blanco-azul. Bajo ella, los rostros tensos de Marko Orval y de su ayudante, eran como dos máscaras de goma descolorida y rígida, carente de toda expresión y humanidad.

—¿Utilizamos la pistola, teniente? —preguntó Dorae, nervioso.

—¡Shsss...!

Marko le indicó silencio con un susurro, y denegó. No, no eran las pistolas lo más apropiado.

Y empezaba a tener una idea del por qué. Hasta entonces, habían equivocado por completo la táctica. Ahora, la visión de la colmena y la palabra «invernadero», le habían dado la clave de eso y de otras cosas. Esperaba que esa clave fuese atinada, por el bien de todos.

Se aproximó en primer lugar a la colmena. Aguzó el oído. El zumbido allí era vivo, irritante, obstinado. Cientos, miles de insectos debían de encerrarse en aquella campana metálica. Y algo les alimentaba, periódicamente, como a los demás animales de pruebas.

Miró las flores picoteadas. Debían de ser insectos muy inteligentes. Asociando ambas cosas, producía la impresión de que saldrían a determinadas horas de la campana hermética, por alguna abertura accionada automáticamente con intervalos regulares, comían en las flores... y regresaban

a su encierro dócilmente, antes de cerrarse de nuevo. Demasiado listas para ser moscas vulgares.

¿Tendrían inteligencia?

Se estremeció Marko al pensar en esto. No, no eran vulgares moscas, estaba seguro de ello. Hizo un gesto a Dorae, recomendándole silencio y calma. Se acercó al muro de vidrio plastificado que separaba el invernadero del resto del edificio. Bajo un resorte, se leía: «NO LO UTILICEN SALVO EN CASO DE EMERGENCIA».

Un cable partía del resorte.

Imaginó lo que era. Más abajo, un botón rojo se rotulaba: «CALEFACTORES INTERNOS». Sonrió con una dureza implacable. Estiró la mano, y vio el gesto de asombro en Jazzah, que denegó, a la vez que hacía una pantomima de temblequeos y tiritones de frío. Asintió Marko. Sí, eso era lo que quería él.

Oprimió el botón sin vacilar. Un silbido apagado se dejó oír. Por unos momentos no sucedió nada. Pero, paulatinamente, algo ocurría en el invernadero. Dorae musitó:

—Hace mucho frío, Marko... Me voy a helar, ¡demonio!

Él volvió a asentir, sonriente. Luego, el zumbido de algo en la colmena hizo dar un respingo a Dorae. Marko clavó instintivamente los ojos en una esfera de reloj. Las nueve en punto. Sin duda, la hora de libar los insectos. En la colmena blanca, al igual que en el caparazón exterior del refugio, comenzó a abrirse una abertura.

Marko llevó a cabo la segunda parte de su plan. Tiró del resorte con violencia.

Se abrió una tapa en el techo. Otra más arriba, sobre, la curva cúpula del refugio. El crudo cierzo polar, un frío sutil e intenso, penetró en oleadas, con nieve pulverizada y el ulular del viento en la estepa nevada.

La temperatura bajó muchos grados. El reloj zumbó, y la colmena dejó de abrirse, mientras en su interior crecía un zumbido sordo y furioso, como de protesta viva por el súbito cambio de temperatura.

Marko rió duramente. Ahora sí empuñó su pistola. Apuntó al reloj mural. Y disparó un rayo azul. El reloj llameó, quebrándose en mil fragmentos. Chorreó, después, desintegrándose, y el mecanismo de la campana se interrumpió totalmente. La puerta no se cerró. Dentro de la colmena, una masa azul negra, densa y repulsiva, se revolvía, zumbando con furia, aleteando y bisbiseando rabiosamente.

Comenzaron a salir hileras de moscardones azul negros, batiendo sus alas con frenesí. Algunos retrocedieron en el acto, al ser golpeados por la ola fría. Buscaron refugio dentro de la colmena.

Salvajemente, Marko hizo señas frenéticas a Jazzah. Y gritó:

—¡Hielo! ¡Necesito hielo, nieve, agua helada, lo que sea! ¡Y refrigeradores! ¡Ya tengo el arma! ¡Ya tengo el arma...!

CAPÍTULO VIII

PLAN DE COMBATE



S lo más inverosímil y desconcertante que me fue referido jamás —gruñó el coronel Voros, mirando con estupor a Marko Orval y a Dorae—. ¿No han perdido el juicio?

—Todo es rigurosamente cierto señor.

—¡Pero... pero yo no puedo informar al Presidente de tales cosas!

—¿Y las pruebas, señor? —objetó Marko—. Ahí las tiene.

—¡Esto! ¡Pruebas, dice usted! —Voros se incorporó de un salto, mirando el recipiente que contenía en hilera unas cuantas moscas de extraña forma, alineadas cuidadosamente. Y muertas todas—. ¿Cree que pueden ser «pruebas» unos cuantos insectos inofensivos, muertos por congelación?

—Son todo, señor. La explicación de este enigma.

—Marko, perdone si difiero de su criterio. ¿Qué explican estas moscas?

—Absolutamente todo, señor. Hemos culpado de muchas cosas al profesor Svor, pero nos hemos equivocado al achacarle todas las culpas. Él fue el vehículo, ciertamente. Su ciencia y su afán desmedido de crear una nueva forma de vida, era el terreno abonado que precisaban estos minúsculos y espantosos seres para convertirse en amos de todo y de todos.

—Sigo sin entender. Para mí continúan siendo unas moscas vulgares por completo.

—En eso, señor, los laboratorios especializados difieren bastante de su criterio —Marko extrajo un documento del bolsillo. Lo desplegó, leyendo con rapidez—: «De los análisis realizados con estos insectos, así como con el que fuera hallado en el laboratorio del profesor Svor, se infiere que pertenecen a una especie desconocida por completo en nuestro mundo, una especie de coleóptero de raras facultades. Por ejemplo, son totalmente refractarias a las más altas temperaturas, al fuego o a la electricidad como energía activa. Revelan, en cambio, extraña sensibilidad para el frío, que las ataca vivísimamente, en un grado cien veces superior al de cualquier mosca terrestre. Pero lo más desconcertante, allí donde nuestra ciencia choca, sin posibilidad de ahondar más, es en la estructura de sus tejidos, fácilmente

maleables y adaptables a formas y aspectos diversos. Produce la impresión de que, si una de estas moscas lograra crecer, hasta el punto de adoptar un tamaño gigantesco, podría cambiar su naturaleza por miles de otras formas, conservando las propiedades primitivas. Su cerebro parece desarrollado, es decir que son «inteligentes». Su origen, totalmente desconocido e imposible de deducir, nos atrevemos nosotros a imaginar que es extraterrestre».

Allí terminaba el documento. Reinó el silencio en el despacho del coronel Voros, tras la lectura del espeluznante informe técnico-científico de la Seguridad Espacial.

—Dios mío... —Voros se dejó caer en su asiento. Miró a las moscas inofensivas, tendidas en hilera, y dio un respingo—. ¡Cielos, no quiero ni mirarlas!

—Lo comprendo, señor —sonrió Marko—. A nosotros nos costó un gran esfuerzo aniquilarlas a todas. Cada vez que recuerdo cómo se revolvían de qué modo pretendían atacarnos, al verse aplastadas por libras y libras de hielo y nieve, me asusto más de lo que entonces pude llegar a asustarme. Eran como perros rabiosos o alacranes a los que uno pisotea.

—¿Pero resultan inofensivas así, en este tamaño?

—Virtualmente, sí. Sobre todo, en un clima frío. Pero sospecho que en enjambres, y con la temperatura a su favor, serán capaces de aniquilarlo todo.

—Usted dijo que eso lo explicaba todo.

—Y así es.

—Yo sólo he comprendido una cosa: que una especie desconocida de insectos ha llegado a la Tierra, sabe Dios cómo. Faltan muchos datos por resolver: el papel del profesor Svor en todo esto, la procedencia o naturaleza de ese disco negro que ustedes vieron... y el tamaño gigantesco de la mosca vista por ustedes en dos ocasiones.

—Podría añadir yo a eso, coronel, que faltan otros muchos misterios por resolver: una película desaparecida y sustituida por otra, una pesadilla de verano, en la que un hombre soñó con moscas... y la ausencia de un esqueleto en el laboratorio.

—¿Cómo dice?

—Ésos son puntos que no acierto a enlazar entre sí. Vislumbro algo, sí, y a veces creo tener la solución final aquí —se tocó con un dedo la frente, haciendo después un gesto de desaliento—. Pero en el acto la idea desaparece, se eclipsa y no deja rastro. Es desesperante que no logre aferrarla a tiempo. Acaso sea demasiado vaga, o acaso esté yo luchando con un complejo, con algo que doy por cierto... y no lo es.

—Bien. Y suponiendo que todo eso se aclara después y tenga importancia relativa para nuestros fines, que son ante todo salvar al mundo de un cataclismo, ¿qué plan de combate sugiere usted, teniente Orval?

—Verá, señor: sólo hay un medio de batallar. Lo he utilizado en pequeña escala contra la colmena que el profesor Svor instaló en su invernadero del Polo. Puede utilizarse en gran escala contra los monstruos.

—¿A qué se refiere?

—Al frío, señor.

—No acabo de ver claro su proyecto.

—Es sencillo: imaginemos armas nuevas, pensemos en la forma de utilizar el frío como proyectil o arma... y la victoria será nuestra. Tarde o temprano.

—No va a ser una cosa fácil, Marko.

—Nada que sea realmente importante es fácil de lograr. Yo doy la idea. Ahora técnicos, científicos y militares tienen la palabra. Doten de refrigeradores a las Estaciones Espaciales, a cohetes y ciudades, a edificios y vehículos, a calles y campos. Extiendan el frío por doquier, con todas sus incomodidades. Doten de ropas aislantes a todo el mundo, preserven a los animales, tras hacerles pasar una prueba de frío, que nos convenza de que son realmente animales domésticos nuestros. Proyecten armas y mecanismos generadores de frío... ¡Ahí está nuestra única arma!

—Lo haremos —preocupado, Voros se inclinó sobre los mandos y comenzó a repartir órdenes. Luego, mirando pensativo a Marko, le interrogó —: Marko, una sola pregunta: usted está capacitado para responder a ella, mejor que ninguna otra persona.

—Le escucho, señor.

—¿Usted cree que estamos frente a una invasión extraterrestre, que al fin el mundo se halla situado ante la llegada de seres de otros mundos, hostiles a nosotros?

Tras un silencio, Marko asintió con un movimiento brusco de cabeza.

—Sí, eso es lo que creo, señor... Pero también creo que alguien de la Tierra puede haber tenido en ello una influencia decisiva.

—¿Xac Svor?

—El profesor, por descontado. Fue el autor del experimento, que ha permitido sin duda a los insectos de otro mundo adoptar su tamaño actual y trocar su materia. Para eso necesitaron la ciencia del profesor, al servicio de sus facultades peculiares, halladas en esas sencillas y pequeñas moscas. Con el invento de Svor, todas podrán tener el tamaño de la que se ha enfrentado ya por dos veces a nosotros. En la primera nos salvó la materia infranqueable de una puerta automática. En la segunda... el frío atacó al monstruo antes de que se abatiera sobre nosotros, y tuvo que huir. Pero lo que yo me estoy preguntando es si...

—Si... ¿qué?

—Si esa horrible mosca no vuelve a estar entre nosotros, después de sus salidas desconcertantes, «pero bajo la apariencia de un ser humano».

—¡Dinhar otra vez! —musitó el coronel Voros—. ¿No se refiere a ese hombre?

—Era el ayudante de más confianza del profesor Svor. Pero casualmente quedó fuera del experimento... según dice él. ¿Y si no fue así? ¿Y si el tercer esqueleto ha sido destruido y Dinhar y la mosca son una «misma persona»?

Tras la franca pregunta de Marko, nadie habló en el despacho. Voros

respiró hondo, antes de decir escuetamente:

—No creo que de momento podamos comprobar eso, Marko.

—¿Por qué, señor? ¿No se resuelve a ordenar la detención de Dinhar?

—No puedo hacerlo... «porque Dinhar ha desaparecido sin dejar rastro».

* * *

El proyecto de Marko Orval hizo trabajar febrilmente a los talleres y laboratorios de los Estados Mundiales, en busca de armas frígidas contra el enemigo agazapado. Las órdenes eran secretas, las consignas de un alto jefe a otro. No podía trascender al exterior nada de lo que se estaba haciendo.

Si el enemigo era inteligente; si la extraña fuerza formada por insectos de otros mundos llegaba a advertir lo que se disponía contra ellos, atacarían antes de que fuera demasiado tarde, y causarían un verdadero estrago.

A pesar de ello no se pudo evitar que una nueva Estación Espacial fuese hallada sin tripulantes. Todos los esqueletos amontonados en sus dependencias aparecían igual que en casos anteriores.

Los países cálidos comenzaron a sufrir pronto el azote extraño de más allá de los cielos conocidos por el hombre. En Oriente, en el África Central y en algunos puntos de la América latina, en sus zonas tórridas, vieron el extraño disco negro. Poco después, enjambres de moscas, aparentemente iguales a las de la Tierra, aparecían sobre las junglas y florestas.

Más tarde en alguna casa de las afueras, en algún bohío, en una choza africana o en una casucha india, sus habitantes despertaban aterrorizados, por el zumbido denso y ensordecedor de algo que se hallaba fuera, en el comedor, el vestíbulo o, simplemente, el patio o huerto.

La escena, indefectiblemente, era la misma... Pero nadie la presenciaba, salvo las víctimas de la atroz voracidad del visitante, y éste mismo, con sus mil ojos como celdillas amarillentas de luz maligna, y su trompa cónica, rezumando un espeso líquido escarlata...

Hombres que volvían de las plantaciones de azúcar o algodón, familias que regresaban del trabajo o acudían a él, vieron remontarse en vuelo una colosal especie de moscas, que poco después se volatilizaba ante su creciente terror.

Abandonaban sus enseres, huían del espectáculo alucinante que nadie les creía, al ser referido después con gran espanto y palabras incoherentes.

Por su parte las autoridades emitían su escéptico informe a las altas esferas. En éstas la consigna para evitar el pánico mundial era siempre la misma, común a todos los Estados de la Tierra: indiferencia, negativas y escepticismo manifiesto.

La incredulidad de los gobernantes era ficticia, naturalmente. Bajo la capa aparentemente escéptica y burlona de los altos jefes militares o políticos, se encerraba la preocupación creciente, el temor de que pronto fuera demasiado tarde para nada, y aquella extraña invasión fuera creciendo, sus golpes aumentaran de volumen, y con ellos se desmoronase el dique de prudencia y

de fe que mantenían a duras penas, creando entonces una sicosis universal de terror, que acabara con toda esperanza.

Y en ese estado de cosas llegó el día anhelado por todos...

* * *

—Es perfecta —asintió Marko, tomando de manos del coronel Voros la pistola que le tendía.

Era la misma, en apariencia, que llevara siempre. El arma nuclear de rayo azul, inofensiva para las moscas gigantes. Pero, en realidad, su carga era otra muy distinta. Dorae recibió otra. Y una tercera fue para Jazzah.

—¿Por qué para mí? —preguntó la hija de Xac Svor, mirando con sorpresa al coronel Voros.

—Porque usted es quien puede precisarla con más motivo. Dos veces se ha visto frente a la mosca monstruosa. Vale más que vaya prevenida...

—¿Se van a entregar estas armas a las fuerzas? —preguntó Marko.

—De momento, sólo a las Patrullas del Espacio, en tanto se fabrican miles, millones más, en todos los talleres del mundo. También se está trabajando en un tipo de cañón de igual carga, pero mucho más potente y concentrada, naturalmente.

—Comprendo, señor. De momento, será suficiente. Han trabajado deprisa.

—No la necesaria. Muchos han muerto en diversos lugares de la geografía mundial.

—Ya lo sé. Pero a partir de ahora va a ser diferente.

—¿Quiere que le prolongue el permiso, Marko? Tal vez prefiera usted actuar a su modo en vez de estar sujeto a la disciplina de la Patrulla del Espacio.

—Iba a pedírselo, señor. Pero seguiré patrullando con Dorae... a mi modo.

—Concedido —sonrió Voros—. Es usted algo así como el actual defensor del Mundo, muchacho.

Marko sonrió, sin responder nada. Enfundó la pistola en su estuche del cinturón. Volvía a vestir el blanco y azul uniforme. Pero el nuevo permiso de Voros sería útil. Muy útil, si todo seguía su curso como él esperaba.

—¿Se sabe algo de Dinhar? —preguntó el coronel Voros.

—Nada. Desapareció sin dejar el menor rastro, cuando ustedes estaban en el refugio polar.

—¿Cómo sucedió exactamente?

—No he podido recibir informe concreto alguno. Se hallaba solo. Creo que se había quedado trabajando hasta altas horas de la madrugada, en el laboratorio del profesor Svor. Andaba tras de algo, aunque no sepamos lo que era. Y el otro día no estaba allí.

»Unos vecinos juran haberle visto a través de una ventana, Inclinado sobre los útiles de laboratorio. Otros aseguran que se percibió un zumbido extraño antes del amanecer. Pero eso está más nebuloso y nadie ha dado datos seguros

que fijen lo sucedido.

—Yo creo tener una idea muy aproximada de lo que debió de suceder —observó Marko duramente.

Pero no aclaró sus palabras, saliendo del despacho con Dorae y la hija de Svor, a la que acompañaron a su vivienda.

—Marko, quisiera acompañaros a vosotros —dijo Jazzah, cerca ya de la casa—. No quiero quedarme sola, después de todo lo ocurrido.

—Será mejor así, Jazzah —le aseguró Marko—. No corres peligro en tu propia casa, y además el coronel ha dispuesto que tres hombres del Servicio de Seguridad vigilen la vivienda día y noche. Van armados igual que tú. No vaciles en utilizar el arma, si fuera preciso. Pero no creo que ello acontezca. Tú no tienes por qué sentir temor. Los ataques de ellos irán contra nosotros.

—Sí, Marko, pero aun así... a tu lado me siento más segura.

—Es una simple ilusión —sonrió Orval—. No hay persona menos segura que yo, en estos momentos. Si nuestros enemigos son la mitad de inteligentes de lo que todos suponemos, ya habrán concentrado en mí sus miras. Saben que soy implacable para ellos. Acaso sospechen, incluso, que he dado con un arma eficaz contra su poder. Y en ese caso mi vida no valdrá nada en absoluto, Jazzah.

—¿Crees que podré conciliar el sueño por las noches... sabiendo que por encima de mi cabeza se hallan esos monstruos... y que tu vida corre peligro en todo instante?

—Querida, ese temor tuyo me servirá de estímulo para no ser vencido —aseguró Marko, acariciando dulcemente su cabeza dorada—. Pero no serán muchas las noches de insomnio que pases. Esto toca a su fin.

—¿Tú crees?

—Sí.

—¿Y cuál será ese fin?

—Mentiría si te dijera que nuestra victoria. Lo cierto es que no lo sé. Va a ser muy dura la lucha. Pero venceremos, Jazzah... Debes tener fe en ello.

—La tendré, Marko. Aunque sea la única que quede en mí...

Se besaron. Dorae se retiró, prudentemente. Cuando se separaron, de los ojos de Jazzah Svor rodaron lentamente unas lágrimas ardientes y amargas. Las últimas instrucciones de Marko Orval resonaron en su mente, incluso mucho después de haberse ausentado Marko y su amigo:

—No te olvides de aplicar los refrigeradores en toda la casa. Duerme en tu funda especial contra el frío. Y así estarás segura, protegida de todo...

Como si se pudiera estar protegida de todo pensó ella, sólo con tener la propia vida a salvo. Sabía que sin Marko a su lado, ya no significaba nada para ella el mundo ni la vida misma...

* * *

El rojo vehículo de la Patrulla del Espacio planeó sobre las casas

rectangulares y ultramodernas de la metrópolis armoniosamente dispuesta allá abajo, entrelazada por las verdes tiras de sus jardines artificiales.

Dorae sólo mantuvo en esa posición unos instantes el vehículo sideral. Después se remontó con creciente velocidad a las alturas, ascendió en los espacios, hasta dejar abajo la Tierra convertida en una esfera azul y desvaída.

—Hasta pronto, pequeña —musitó Marko Orval, sombrío frente al visor del cuadro de instrumentos, dirigiendo un beso con la punta de sus dedos hacia la imagen terrestre—. Volveré pronto...

Siguieron navegando durante horas por el espacio. No seguían una ruta prefijada ni hacían la habitual patrulla del espacio. Estaban actuando por su cuenta. Y seguirían haciéndolo cuando llegara el imprevisto que tanto deseaban. Sólo que eso podía tardar aún días, meses... años tal vez.

—Allí será ya noche cerrada —dijo de repente Marko, tras ingerir los alimentos comprimidos, de rigor en vuelos interplanetarios—. Jazzah dormirá apaciblemente a estas horas...

* * *

No era del todo exacta la suposición de Marko Orval.

Jazzah dormía, sí. Pero no apaciblemente, sino gracias a un fuerte soporífero ingerido antes de acostarse. A pesar de la capa de frío que rodeaba su lecho, acondicionado especialmente con una cámara hermética donde ella dormía, aislada del rigor invernal creado artificialmente allí, Jazzah Svor estaba bañada en sudor. Se agitaba en sueños, y sus pesadillas se veían frecuentemente alteradas por apariciones de monstruos alados, de moscas enormes y malignas, que revoloteaban sobre ella en enjambres.

Y su mosconeo terminaba convirtiéndose en algo así como una voz ronca, burlona y sobrenatural, que ululaba en la distancia, hasta enloquecerla:

—Serás nuestra... serás nuestra... ¡Serás nuestra!... ¡Serás nuestra!...

Jazzah despertó sobresaltada, dando un grito terrible, que aisló su coraza protectora contra el frío exterior. Sintióse ahogada allí dentro, y accionó el resorte interior saliendo del saco de dormir plastificado e impermeable. Tembló de frío. El agua de un recipiente se había helado. Había escarcha por doquier. Tiritando, cortó el paso de la refrigeración y dio al resorte del calor.

Paseó por la estancia, nerviosa y excitada. Asomó a una ventana. Allá, en la lejanía, sobre su cabeza, brillaban los astros que visitara junto con Marko días atrás. Respiró hondo, con la vista clavada allí. Una astronave dejó su estela de luz en la distancia, acaso en los límites del espacio terrestre. Tal vez era la nave de Marko y de Dorae. Le hubiera gustado ir en ella.

Le hubiera gustado mucho...

De pronto tuvo la sensación espeluznante de que no estaba sola. Giró en redondo, mirando toda la habitación con ojos aterrorizados. Pero todo seguía igual. La puerta cerrada, la pistola sobre el lecho...

¿Qué era lo que le producía la impresión de alarma, de inquietud?

Sí, ahora lo veía... «¡La mosca!».

Gritó, llena de terror, al ver el pequeño insecto revolotear sobre la mesilla donde se erguía la macetita con una planta de germinación artificial. Nunca soñó con que una simple mosca pudiera provocar en ella un miedo tan grande, tan terrible...

Pero era sólo una mosca. Pequeña, insignificante. De cuerpo azul negro, zumbando irritada. Una mosca, sí... pero «no terrestre».

—¡Hola, Jazzah! —dijo de repente una voz a su espalda.

Giró sobre sí misma, ahogando el grito de infinito terror que pugnaba por salir de su garganta. Lívida, aterrorizada, pero serena dentro de aquel pánico cerval, miró a la puerta que acababa de abrirse suavemente.

Vio a la persona que estaba allí, en pie. Humana, normal, inesperada...

Su grito ahora fue ronco, ahogado. Después se derrumbó en tierra sin proferir una palabra.

La persona que apareciera fantasmalmente en el dormitorio de Jazzah Svor sonrió suavemente. Se inclinó y la recogió entre sus brazos. Echó a andar, fuera del dormitorio. La mosca voló tras el hombre, con su irritante zumbido.

En el dormitorio, inútil y abandonada, quedó la pistola que, Marko le diera para su defensa.

A muchos miles de millas de altura sobre el escenario de aquel suceso ignorado, Marko Orval cruzaba los negros espacios tachonados de astros. Bien ajeno a la suerte que acababa de afrontar su amada Jazzah. Bien ajeno también a que ahora ella estaba ya en poder del enemigo...

CAPÍTULO IX

COLMENA AÉREA



ARKO ORVAL despertó de su leve sueño. Allí no había día ni noche. La negrura del infinito era siempre la misma. Sin soles ni lunas, aunque tuviera todos los soles y lunas del Universo.

—Un buen sueño —sonrió Dorae, sentado a los mandos—. Ahora echaré yo el mío, teniente.

—Puedes hacerlo ya, Dorae. Yo llevaré la nave.

El ayudante asintió, dejando su puesto a Marko. Poco después dormía profundamente, mientras los mandos de la SP-117 eran manejados por Marko Orval.

Avanzó por el espacio sin hallar nada notable.

Cruzaba frente a los satélites artificiales de la Tierra, los grandes espejos ionizados, para la luz solar, y las Estaciones Espaciales suspendidas entre cielo y tierra, con sus tripulaciones sin novedad, a juzgar por los comunicados en clave que dirigía Marko por el teleaudiovisor, y que eran siempre contestados correctamente.

Todo parecía tranquilo y sin peligro aparente. Pero Marko sabía que esa apariencia podía quebrarse en cualquier momento. Un azote estaba suelto. Era cuestión de tiempo que surgiera de nuevo, para descargar su impacto mortífero y cruel.

Pero nunca esperó Marko Orval que apareciese tal y como lo hizo.

* * *

—¡Los mandos no responden!

Dorae se incorporó de un brinco, corriendo a reunirse con Marko. Éste, frenético, pugnaba por dominar la nave, que era evidente no atendía sus esfuerzos, y seguía un rumbo ajeno a la voluntad del piloto y la acción de los mandos.

—¿Nos atrae algún astro? ¿Hemos caído en algún campo gravitatorio? —demandó Dorae, examinando febrilmente los mapas celestes.

—Estamos en un campo gravitatorio —asintió Marko fríamente, con los ojos fijos en el visor, ante sí—. ¡Pero no es de ningún planeta!

—¿Entonces...? —Dorae se quedó estupefacto—. ¿Otra nave mayor que la nuestra, acaso...?

Los dos se miraron con horror. La misma idea trepanó sus mentes con un helado punzón. Lanzáronse al visor gigante y lo conectaron. Allí apareció.

Un grito ronco de Marko, un rabioso rugido de ira, brotó de sus labios. Dorae, lívido y sudoroso, no atinó a decir nada. Retrocedió, tambaleante.

—«¡El disco negro!» —musitó Dorae, con un hilo de voz.

—¡Sí, otra vez ahí! —musitó Marko luchando aún con mayor frenesí para salir de su potente campo gravitatorio—. ¡Su masa no puede atraernos con tal fuerza! ¡Han debido generar gravitación artificial!

—Pero eso... eso significaría que esas moscas piensan y crean —dijo Dorae, estremecido.

—¿Aún lo dudas? —Marko se aferró al control de emergencia, para iniciar un descenso vertiginoso hacia la Tierra. Lo bajó de golpe.

El SP-117 no se movió. Seguía sujeto, como por un imán colosal, a aquella nave de negra forma circular. Y lo que era peor: «la distancia entre ambas naves astrales se reducía por momentos».

—¡Nos atrae, nos absorbe! —gimió Dorae, lívido.

—Muy bien... —un brillo fanático asomó a los ojos de Marko—. ¡Si así lo desean... moriremos juntos!

Dorae asintió firmemente, con un sencillo valor. Desenfundó su pistola, al igual que hacía ahora el teniente Orval. Ambos militares se quedaron en mitad de la nave, esperando el choque o la absorción, la vista fija en el negro disco brillante, que les atraía como una perversa, glotona araña...

Al final la nave circular ocupó toda la pantalla gigante. Parecía que iban a chocar. Marko cerró los ojos, disponiendo su dedo en el gatillo. Pero nada sucedió.

No hubo choque. Miraron de nuevo a la pantalla. Un segmento se había abierto, ofreciendo su negrura intensa y absorbente. El SP-117 fue engullido por ella. Luego el segmento se cerró.

En los cielos no hubo ningún testigo de que un gran pez estelar se comía al chico, según la fábula repetida a través de los siglos...

* * *

El aterrizaje dentro de lo que fuese aquella nave fue relativamente suave. Un leve chasquido, una sacudida algo violenta, y nada más...

Orval y Dorae rodaron por tierra, incorporándose en el acto, pistola en mano. Nadie cruzó aquella puerta, la que daba acceso a su nave. No ocurrió nada de nada. Se miraron, ligeramente desconcertados.

—Vamos, Dorae. Hay que salir de aquí, si ellos no vienen a nosotros —dijo Marko, frío y sereno.

—¡Pero, teniente! Estarán esperándonos... Pueden ser cientos, miles de... de...

—Sé lo que piensas, Dorae. Yo pienso lo mismo, y te mentiría si dijese que no tengo miedo. Más del que tuve en toda mi vida. Pero hay que salir. Hay que salir y dar la cara, luchar frente a frente, desafiar al enemigo en su propio cubil. Y no te olvides. No utilices tu arma... hasta no estar verdaderamente seguro de que ya no hay otro medio...

Dorae asintió. Pocas personas en el mundo, pensó Marko, conservarían su presencia de ánimo y serenidad como aquel muchacho bravo e inteligente.

Se encaminaron a la salida. Como dos héroes hacia la muerte. Firmes, inexpresivos, resueltos a todo lo que se presentase.

Abrieron la puerta. Marko salió el primero. Una bocanada de aire cálido, ardiente casi, azotó su rostro. Todo aparecía negro, siniestro, inescrutable. En algún sitio, no muy lejano, se percibía un hirviente zumbido, como el que producirían millones de insectos encerrados en una caja.

Las piernas le temblaron a Marko. La idea de lo que producía aquel zumbido era para marear a cualquiera. Era el único enemigo capaz de hacerle enfermar de repugnancia.

De pronto, de algún lugar en la oscuridad, una voz hueca, metálica, llegó a él:

—¡Hola, Marko Orval! Sé bien venido a nuestro mundo ambulante, a nuestro cuartel general, desde donde invadiremos vuestro pobre mundo atemorizado... ¡Donde tendremos comida abundante durante muchos años!

Marko respiró fuerte. Aquella voz le era familiar. Se parecía extrañamente a la de Dinhar. Sabía a qué clase de comida se estaban refiriendo, y era más de lo que se podía soportar humanamente.

—No sé si pretendes luchar con tu proverbial astucia, Orval —siguió aquella voz amenazadora—. Pero bueno será que sepas que tenemos en nuestra nave un rehén muy importante frente a ti... ¡Míralo! ¡Creo que serás prudente!

De pronto se iluminó un panel del muro de negruras, con una espectral luz roja. Marko gritó, lleno de horror ¡Allí, tendida en un lecho, y sujeta por ligaduras metálicas, estaba Jazzah! ¡Era ella! Y en derredor suyo volaban como en triunfo cientos de moscas azules y zumbonas, sin tocarla ni posarse en ella!

—¡Jazzah! —gritó Marko, desgarrado—. ¡No es posible!

—Ya ves que sí. La dejaste en la Tierra, y llegó aquí arriba antes que tú. Orval. No la tocan aún, no temas... No lo harán mientras yo no lo ordene. Mando en todas ellas, soy su total y absoluto amo y señor. Saben que de mí depende que crezcan y dominen el mundo, o sigan en su insignificante tamaño, y nada pueden hacer frente al poder humano, pese a su formidable inteligencia y poder, relacionado a su pequeño tamaño actual.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Marko Orval con rabia—. ¿Quién eres, soberbio y maldito?

—Lo vas a saber pronto, Orval. Después de todo, no lo vas a poder decir a nadie.

—¡Un momento! —Marko alzó su mano armada—. ¿Es que seremos también festín vuestro?

—De vosotros depende. Nos sobran seres humanos para devorar. Precisamos colaboradores astutos e inteligentes. Tú lo eres. Sólo precisas ponerte a nuestro lado, referirnos lo que saben allá abajo, lo que proyectan contra nosotros, la forma de burlarles... Me has comprendido, ¿verdad?

—¿Ayudaros... a vosotros? ¿A unos repugnantes y feos insectos glotones? —rugió Marko.

—Ya cambiarás de opinión. Ahora oyes mi voz, porque soy humano. Estoy transformado de nuevo en el que era primitivamente. Pero cuando me troque una vez en la mosca voraz que tú conoces, mi instinto humano se pierde, y soy terriblemente glotona. Acaso no te guste mucho la metamorfosis, ¿verdad, Orval?

Marko no respondió. Buscaba una desesperada solución. Poseían aquellas pistolas. Y en sus bolsillos, cada uno un doble juego de capucha antifrígida, para casos extremos. Sin embargo, la última esperanza radicaba en que el enemigo no sospechara nada de eso. Trató de probarle:

—Podemos aniquilar a muchas con nuestras pistolas —dijo, esgrimiéndola—. Incluso a ti. Lo que falla una vez, puede resultar otra.

La seca carcajada metálica vibró en sus oídos, ensordecedora.

—Bien sabes que estás alardeando falsamente, Orval. Y me sorprende en tu inteligencia que esperes mi credulidad a estas alturas, vuestras armas no sirven absolutamente, de nada. No sé cómo destruiste la colmena del Polo Norte, pero ya lo averiguaré más tarde. Si hubieras sabido emplear tu inteligencia mejor, también hubieras dado con el medio de destruirme a mí. Pero es difícil que se te ocurra... a pesar de su sencillez.

Marko no respondió. Su mirada de inteligencia encontró la de Dorae. Ambos sonrieron con las pupilas, sin contraer un solo músculo de sus rostros ensombrecidos. No se había perdido aún la partida. Quedaba una oportunidad.

—Quiero ver a Jazzah, reunirme con ella... —pidió Marko—. Si accedes, acaso acceda yo también a tu demanda.

—Muy bien —rió la voz sonora—. Vas a verte complacido. Puedes llevar tus armas. Aunque yo aparezca ante ti con mi apariencia humana, mi naturaleza posee las células mismas que cuando soy insecto, reptil u otra cosa cualquiera. Soy invencible, Orval.

Marko no respondió. La luz roja se apagó. En su lugar, en las sombras se abrió una rampa, suavemente iluminada de azul verde, por la que ambos se aventuraron, tras una corta duda. Subieron paulatinamente, hasta encontrar una vasta nave desnuda. Las moscas volaban en confusos enjambres por doquier, pero no les tocaron.

Y allí, en una cámara iluminada de rojo, con muros cristalinos, que despedían calor intenso... estaba ella. Jazzah, cuyas ligaduras metálicas habían

desaparecido. Se incorporaba, aturdida, y Marko corrió a su encuentro, frenéticamente.

—¡Jazzah, amor mío! —gritó, abrazándola contra sí.

—¡Marko, tu...! —ella besó su rostro, derramando lágrimas—. ¡Oh Marko, no es posible...!

—Lo es, mi vida —musitó él—. Estamos todos cautivos... de ellos.

—¡Dios mío! —ella palideció, apoyándose en su amado—. Sí, ahora recuerdo...

—¿El qué, Jazzah?

—Recuerdo cuando quité el refrigerador de mi habitación... y vi a la mosca. Luego le vi entrar a él... y creo que me desmayé.

—¿A él? ¿A quién? ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerda, teniente Orval —dijo una voz burlona a sus espaldas—. Me vio a mí. Por eso se desvaneció mi pobrecita Jazzah...

Marko se volvió con una angustiosa sensación de horror. Se vio frente a frente con el dueño de aquella voz, con el hombre metamorfoseado, que volvía a ser hombre...

Aquel viejo apacible, de cabellos blancos y rostro rugoso... «¡era el profesor Xac Svor!».

* * *

—¡Usted! —el estupor dejó petrificado a Marko Orval, frente al hombre aparecido—. ¡No es posible! ¡Se tratará de... de una falsa encarnación! ¡No le, creas, Jazzah! ¡No es, no puede ser él...!

—Ella sabe que soy yo, teniente Orval —rió el profesor—. Lo sabe, porque su sangre misma se lo dice. ¡Pobre Dinhar! Ustedes siempre sospecharon de él. Y eso me era a mí muy conveniente mientras tanto. Yo no fui nunca víctima de mí mismo, claro está...

—Pero ¿y su esqueleto? ¡Fue identificado! ¡Se demostró que era el suyo, profesor!

—Era igual que el mío. Fue un detalle maestro, ¿verdad? Hice variar primero de forma al pobre Walko. ¿Y sabe cuál le di? ¡La mía! Él se reía, igual que Lambell. Pero no sabían que antes de eso, yo mismo me había hecho la metamorfosis con las células regeneradoras y variables de una de estas simpáticas moscas del planeta Wulkkö.

—¿Un mundo de insectos inteligentes?

—Eso es. ¿Por qué se asombra? Creemos que la única forma organizada e inteligente de vida animal es la nuestra. Pero siempre hay cosas mejores. Cada una de estas moscas, amigo mío, es un verdadero prodigio de inteligencia, astucia y poder. Pero están en inferioridad respecto a nosotros. Su tamaño, su especie, su forma... Yo logré darles la forma deseada: ¡una mezcla física y mental de «hombre» y «mosca»!

—Dios mío... —Marko sintió náuseas y se apoyó en el muro desnudo.

Agitó su mano con frenético asco, cuando varios abejorros de aquellos zumbaron sobre su cabello, burlonamente—. Es como una pesadilla horrenda y sin sentido...

—Pero esto tiene sentido —rió el padre de Jazzah—. Yo busqué siempre la polimorfía, pero chocaba siempre con el mismo obstáculo: la falta de ductilidad en las células humanas, difícilmente alterables. Precisaba otras mejores, más potentes, generadoras de un fluido capaz de adaptarse a todas las formas. Cuando estaba más lejos de toda esperanza e iba a desechar mis investigaciones, me quedé dormido con la ventana abierta. Era verano. Entraron moscas en mi habitación, y zumbaban durante mi sueño. No sé cómo lograron con su poderosa inteligencia penetrar en mis proyectos. Sus zumbidos me irritaban. Pero de un modo casi telepático me transmitieron su mensaje. Necesitaban un cerebro para dotar a sus débiles cuerpos menudos de fuerza, de poder y de vigor. A cambio lograba yo el sueño científico de toda mi vida. Era un buen cambio. Acepté. Por eso hui a mi refugio del Polo. Allí me avisaron de que el frío era mortal para ellas. Su planeta está siempre a más de cien grados centígrados de temperatura, ¿comprende? Yo entendí y dispuse una colmena especial para las crías selectas, las mismas que tan lamentablemente destruyó usted...

—Pero ya antes de todo eso, Estaciones del Espacio habían sido asoladas. ¿Por quién?

—Por todas ellas en legión —rió el profesor—. Por sorpresa, atacaron dos estaciones y un cohete a la luna. Su nave negra, ésta donde ahora navegamos todos, cayó por sorpresa sobre ellos. Ya le he dicho que son inteligentes y ordenadas. Aquí hay miles de millones de ellas. Y grandes recipientes cuajados de larvas. Otros millares de millones que engendrarán otros en escasos días. Son virtualmente inmortales, porque siempre quedan más. Esta nave es un vivero, una colmena aérea...

—¡Basta de detalles así, profesor! Termine su historia, por favor. Tengo curiosidad por saberla toda.

—Tiene que irse habituando a conocernos bien —sonrió el profesor, con su rostro bondadoso. Y sus pupilas viejas y cansadas, recordaron a Marko las horripilantes celdillas amarillentas de la mosca colosal en que se convertía a voluntad aquel loco maníaco. Su boca siguió hablando, sin dejar de recordar siempre a Marko las fauces sangrantes de la «Mosca»—. En mi refugio del Polo, como le decía, construida la colmena, su ingenioso sistema de abertura y cierre, para que se alimentaran de flores cultivadas especialmente para ellas, trabajé día y noche en cuerpos de miembros de esta admirable comunidad, que no vacilaban en sacrificarse por el bien común. Encontré lo que buscaba y volví a mi casa.

—Y aquella noche, convertido usted en mosca, y sus pobres ayudantes acosados, ¿qué sucedió?

—Ya se lo he dicho: Walko y Lambell murieron. Eran buena presa para mi nueva personalidad. Yo mismo me asombré de sus efectos. Quedó el

esqueleto de Lambell y el de Walko. Pero uno, parecía el mío, porque murió con mi apariencia. Yo, entonces, iba a convertirme de nuevo en quien soy, cuando mi hija me descubrió a destiempo. Gritó, acudió usted... Yo quise aniquilarle a usted, esperando que ella se desvanecería. Luego, yo reaparecería, y jamás nadie sospecharía de mí. Pero me hizo obrar de otro modo. Hui. Mi voz de alarma llamó a mi nave, una vez licuado yo en humo. Ya era uno de ellos. Su mejor y más potente miembro. No sabe usted lo que se siente cuando se es lo que yo soy. La mente de ellos es más fuerte. Me domina y me dicta lo que he de hacer. Pero lo hago gustoso, porque es mi triunfo. Volví a por documentos importantes que dejara sobre mis experimentos, en el refugio polar. Usted llegó muy oportuno. Les ataqué, pero no a Jazzah, sino a ustedes. Ya había quitado yo la película donde aparecía yo fotografiado, porque no quería que nadie me viese con vida. Dejé otra que les captaría a ustedes.

»Pero el frío glacial me atacaba. Hube de pedir ayuda a la nave, que acudió a mí y me llevó consigo bien a tiempo. Volví a ser el profesor cuando fui a recoger a mi hija. Pero alguien fue lo bastante astuto para establecer sistemas refrigerados en casas y calles de la ciudad. ¿Fue idea suya?

—Sí, profesor Svor —dijo duramente Marko Orval—. Y también ha sido idea mía partir en su busca. No sospeché jamás que fuera usted el culpable de todo esto, sino Dinhar. ¿Qué ha sido de él?

—Creo que mis moscas le visitaron la otra noche —rió sádicamente aquella mezcla repugnante de hombre e insecto que era ahora el profesor—. Pobrecillo...

—¡Cielos, qué horror! —Jazzah, lívida, se apoyó en Marko—. No es posible que él... mi propio padre...

—Enloqueció por la Ciencia —explicó con rudeza Marko—. Y ahora, ya ni siquiera es él. Sólo conserva la envoltura física. En realidad, es una mente de mosca cruel, feroz, dispuesta a aniquilarlo todo. Sólo un instinto que desaparecerá con el tiempo, le mantiene aún ligado a ti, Jazzah. Pronto, muy pronto, sólo serías un manjar para él...

—¡Calla, por favor! —Jazzah ocultó sus ojos, horrorizada.

—Bien, teniente Orval —dijo fríamente el profesor Svor, avanzando hacia él—. Si acepta cooperar, sufrirá una sencilla operación. Consiste en extraer las células de una mosca, solamente eso, e inyectárselas a usted en el cerebro. Minutos después, puede efectuar su metamorfosis a voluntad. Igual que su compañero... e incluso mi querida hija Jazzah, que así estará más cerca de su padre que nunca...

Marko vaciló, sujetando a la desdichada Jazzah Svor, que emitió un grito ronco y desgarrado ante el espantoso anuncio.

—Calma —recomendó Marko a la joven. Luego, clavó sus helados ojos en Svor y respondió con acento metálico—: Escuche, profesor, mi respuesta definitiva: me dan náuseas usted y toda su colmena asquerosa y repugnante. No admiro a los asesinos ni aunque sean simples insectos dotados de gran

inteligencia. Soy un ser humano, defiendo a la Humanidad, y pereceré por ella, si hace falta. Esta nave odiosa, construida por inteligentes insectos en su planeta lejano, no me causa admiración, sino asco. Usted, me produce náuseas y sus moscas me inspiran risa y horror. ¡Son una nauseabunda basura viajando por el espacio, y esta colmena repugnante será la tumba de todos!

Alzó su pistola, con una luz fulgurante y trémula en los ojos, que hizo retroceder con súbito temor al viejo Svor.

—¿No le dijeron que alguien dio con la barrera de frío para combatirles? ¡Pues fui yo, viejo loco!

—¡Marko, es mi padre! —chilló Jazzah, desesperadamente envuelta en una red de pasiones distintas.

—¡Lo fue... antes de convertirse en una sucia y repugnante mosca! ¡Y si quieres ver lo que queda, de tu pobre padre, sacrificado en esta infame maniobra de unos bichos sin alma, te bastará verle cuando ahora dispare yo mi arma!

—¡Vamos, dispare, teniente! —rió el profesor, apelando a todo su valor—. Sabe que es inútil...

—Era inútil el fuego. Pero no el frío.

—¿Eh? —el terror asomó a las pupilas del sabio; las dilató y dio un tinte amarillo.

—Si he creado barreras de frío, igual he podido crear armas con cargas frías concentradas hasta tal punto, que un solo disparo extiende el frío a un nivel de cien grados centígrados bajo cero... ¡Mucho más de lo que nadie puede resistir... y mucho más de lo que ustedes necesitan para caer como caen en el invierno de las ventanas!

—¡No es posible! ¡Está mintiendo! —rugió el profesor, extendiendo una mano que comenzó a tomar un tinte negruzco. Su faz parecía derretirse, tomar una forma extraña, su volumen crecía, rompiendo el traje y saliendo convertido su cuerpo en la repugnante forma azul negra de la terrible mosca feroz.

Jazzah gritó con horror infinito y cayó a tierra pesadamente. Marko se plantó ante ella, y oprimió el gatillo de su arma, cuando ya un enjambre furioso de moscas se precipitaba sobre él en oleada.

Dorae, luchando contra otra ola de insectos rabiosos, disparó también su arma. Dos chorros espumeantes, con un silbido terrible, brotaron de sus armas. Se estrellaron en la pared, como surtidores de espuma blanca. Una luz blanca, gélida, lo invadió todo.

Marko, veloz, se agachó sobre Jazzah, y cubrió su cabeza con la capucha aislante que extrajo de su bolsillo. Él se aplicó otra. Las manos enguantadas seguían apretando el gatillo, y una costra de hielo se formaba rápidamente en muros y techo. Las moscas caían en bandadas, alfombrando el suelo. Dorae, pugnaba por ponerse la capucha, mientras la mosca gigante que era ahora el profesor Svor, se abalanzaba sobre los dos oficiales, veloz y furiosamente.

Dos chorros de líquido glacial le golpearon en el rostro; inundaron su

trompa y ojos. Un chirrido horrendo sacudió a la mosca colosal; cayó atrás, dobladas sus patas, golpeando la pared. El espumeante hielo corrió sobre, ella, endureciéndose rápidamente.

Marko corrió a la entrada. Disparó otro chorro helado contra el pasillo que descendía en rampa, con luz azul verde y un millón de moscas que avanzaban formando un núcleo negro, sufrió sobre su masa el impacto de un chorro espumoso, a cien grados bajo cero. El frío las abatió, con un escalofriante zumbido roto. La rampa se ennegreció de cuerpos menudos e inertes.

Marko volvió a por Jazzah, tomándola con un brazo y cargándola a su espalda. Dorae corrió junto a él, abriendo paso con su pistola glacial, que despedía chorros de hielo espumoso contra todos los muros y grupos de insectos.

—¡Cuida la carga! —voceó Marko, bajo la capucha aislante—. ¡Quedan aún las larvas!

La inmensa nave era imposible de recorrer. Pero bastaría aquel frío para llegar a todos sus rincones y helar a sus siniestros moradores alados. Sin embargo, Marko encontró un corredor iluminado, de muros desnudos, como todos los de aquella extraña nave circular, y lo siguió a la carrera. Dorae iba a seguirle, cuando Marko le frenó.

—¡No! ¡Vuelve al SP-117 y cuida de él! ¡Dispón los mandos y espéranos!

—¡Marko, no debemos separarnos...! —protestó Dorae.

—¡Es una orden! ¡Ve allá y espera! ¡Toma contigo a Jazzah! —le entregó a la muchacha—. ¡Y si yo no he vuelto antes de dos minutos, arranca sin mí!

No esperó a que dijera nada. Corrió pasillo adelante, enarbolando su pistola glacial. Un muro de vidrio le detuvo. Al otro lado, máquinas asombrosas por su precisión microscópica, aparecían iluminadas por la fuerte, luz roja de unas enormes calderas a toda presión.

Sobre los microscópicos mandos de un gran tablero, más de cinco o seis mil moscas, organizadas y con todo orden, iban pulsando con sus minúsculas patitas los reducidos botones que hacían funcionar aquella vasta nave.

Era un espectáculo asombroso, un mundo inaudito de enanos disciplinados. Pero cada cuerpo azul y negro dotado de alas, pese a su minúsculo tamaño, era un peligro latente para la Tierra.

Extrajo una cápsula de su bolsillo. La arrojó contra el cristal y retrocedió, una viva explosión azul tuvo lugar. Luego, comenzó a derretirse el muro de cristal, convertido en líquido. Al otro lado, las moscas de los mandos no se movieron de sus sitios, indiferentes a todo. En cambio, por dos compuertas, salieron turbonadas negras, formadas por millones y millones de insectos. Marko, radiante, feroz, convertido en un vengador implacable de los que murieron horriblemente en la Tierra, disparó el hielo espumoso contra aquellos ejércitos alados, capaces de devorarle en un minuto.

Las columnas se detuvieron. Un frío intenso se abatió sobre la sala. Las calderas comenzaron a enfriarse, los obreros del cuadro de mandos cayeron sobre los mecanismos, sin vida. E igual suerte corrieron sus rápidos

substitutos.

La desolación de la muerte helada, se abatió en la vasta sala de mandos. El disco negro comenzó a girar alocadamente por los espacios, y Marko cayó contra un muro, al perder el equilibrio.

Se incorporó dificultosamente, y echó a correr, disparando cargas y más cargas heladas, que todo lo cubrían con su costra de hielo. El suelo, resbaladizo, parecía una superficie polar. El aire era gélido, irrespirable.

Las larvas, donde se hallaran, morirían bajo aquel implacable azote glacial. Su peor enemigo, el frío, había invadido por fin los dominios cálidos del mundo de los insectos de más allá del espacio terrestre.

Marko alcanzó la nave oscura donde aparecía posado el rojo cuerpo del SP-117. Dorae había encendido las luces interiores, señalando su posición a Marko, que corrió desesperadamente al encuentro de la nave, mientras se advertía cómo el gigantesco disco volador comenzaba a precipitarse, ya sin mandos, en el vacío infinito.

—¡Arriba, Marko! —gritó Dorae, desde la puerta.

Orval brincó con una agilidad inconcebible, poniendo en el empeño sus últimas fuerzas. La puerta se cerró tras de él. Dorae oprimió los mandos.

El bólido celeste de la Patrulla del Espacio hendió el aire helado del disco volador. Se lanzó como un proyectil contra la superficie metálica del monstruoso plato donde estaba encerrado.

Un terrible rasgón en el metal exterior, al impacto de la acerada proa de la nave de Marko Orval, acusó el choque.

Triunfalmente, el cohete SP-117 saltó al vacío, abriéndose paso por el boquete de la superficie del negro plato volante. La negrura tachonada de estrellas, que significaba con su belleza ingente la vida y la libertad para los héroes terrestres, acogió a sus paladines.

Detrás de ellos, dando tumbos por el espacio, un negro y brillante disco volador se hundió, alocadamente, hasta desaparecer en la negrura. Sólo una hora más tarde, allá en la distancia, se percibió una llamarada.

—El plato habrá entrado en contacto con la atmósfera de algún planeta, y se ha desintegrado —suspiró Dorae—. Ahora es cuando me siento tranquilo de verdad, Marko... perdón, teniente Orval.

—Marko para ti, amigo mío —Orval abrazó al bravo muchacho—. Desde hoy, y para siempre...

Después, se volvió a Jazzah Svor. La desdichada muchacha, yacía inconsciente sobre un lecho metálico de a bordo. Se sentó junto a ella, acarició su terso rostro y besó con suavidad sus labios inmóviles.

—La pobre criatura —susurró Marko—. Va a costarle mucho olvidar lo que vio. Pero existe una mentira piadosa para ella, en estas circunstancias, Dorae. Y tú tendrás que ayudarme en ello.

—¿Cuál es, Marko?

—Le diremos que, una vez muerta, la mosca recuperó su forma original. Y que no era ni fue jamás, el profesor Svor, sino Dinhar. El pobre nos

perdonará, allí donde, se encuentre... Pero el profesor, para todos, murió la noche aquella, en su laboratorio...

—Sí, Marko —sonrió Dorae, comprensivo—. Yo puedo jurarlo. Vi perfectamente el rostro de Dinhar, cuando al morir se volvió la mosca a su normal estado...

—Gracias, buen amigo —Marko le miró emocionado—. Eso hará mucho bien a Jazzah. Mucho, ¿sabes? Y también a mí...

Dorae entendía muy bien. Siguió conduciendo el SP-117 hacia la Tierra.

La Patrulla del Espacio había defendido, una vez más, la libertad, la paz y el bienestar del hombre sobre la Tierra.

Y un hombre, Marko Orval, héroe oscuro de la dramática aventura, encontraba su recompensa en el amor de una mujer. Una mujer que siempre ignoraría la verdad, gracias a la mentira de aquellos dos abnegados servidores de la Ley y el Orden en los espacios siderales...



A USTED, AMIGO LECTOR, LE ENCANTARÍA REALIZAR UNA

Exploración cósmica

¿VERDAD?

NADA MÁS FÁCIL: LEA LA PRÓXIMA NOVELA.

En ella, *CLARK CARRADOS* le ofrece una narración atractiva, trepidante, dinámica, realizada con un estilo tan acabado que, al leerla, usted tendrá la sensación de estar tomando parte también en esa sugestiva y peligrosa

Exploración cósmica



¡SEIS TIROS!

Y en cada bala un mensaje de muerte y exterminio.

¡SEIS TIROS!

Y en cada disparo un hito sangriento en la pugna cruel de encontradas ambiciones.

Colección SEIS TIROS

Si no ha leído todavía ningún volumen de esta impresionante colección… ¡HÁGALO AHORA MISMO!

Después de hacerlo solo lamentara una cosa:

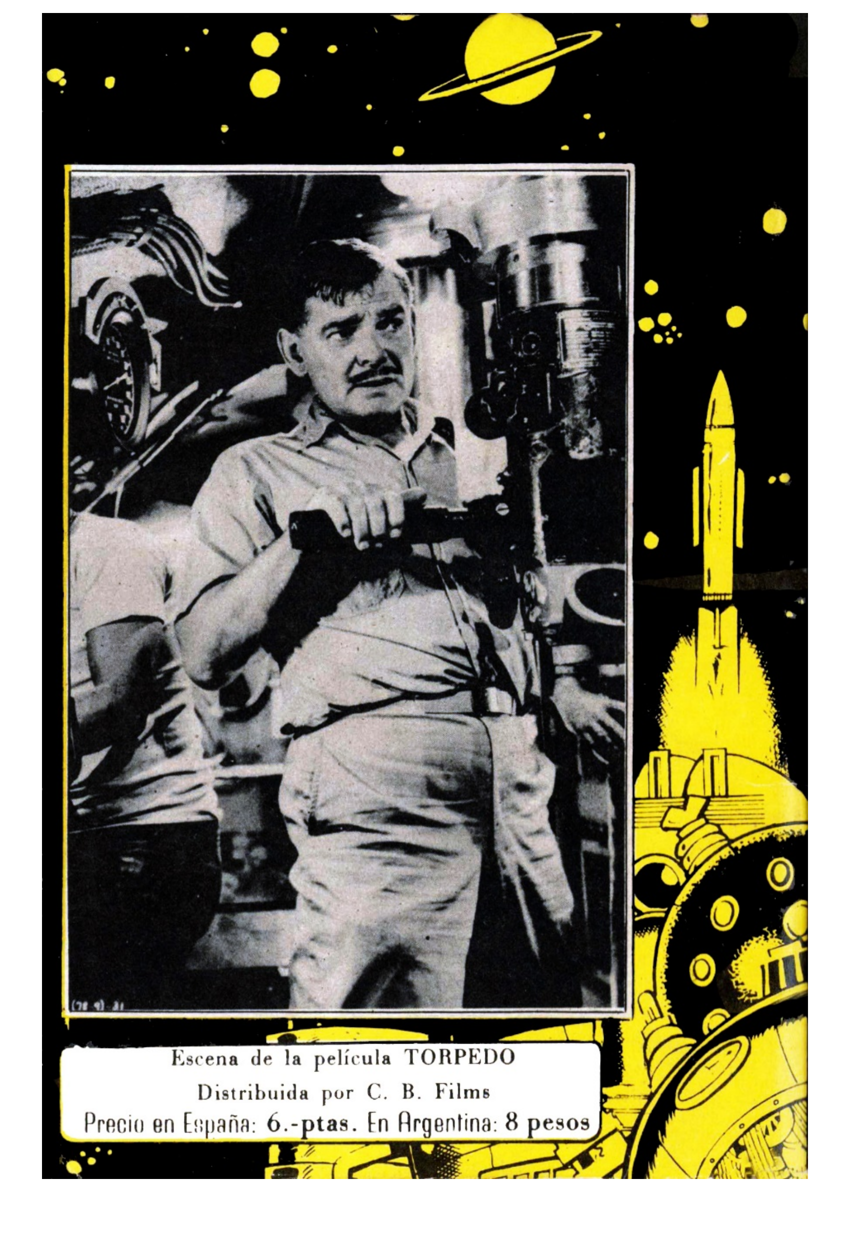
HABER DESPERDICIADO SUS MOMENTOS DE OCIO SIN HABERLOS LLENADO DE LA AMENA, ATRACTIVA Y VERDADERAMENTE INTERESANTE LECTURA DE SUS VIBRANTES PÁGINAS.

Colección SEIS TIROS

¡Ésta es, precisamente, la que usted debe adquirir!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

147. — ¡Estaban con nosotros! — Law Space.
148. — El fin de Lemuria. — H. S. Thels.
148. — ¡Hola, terrícola! — Law Space.
150. — Ventana al futuro. — Clark Carrados
151. — Mundo hostil. — H. S. Thels.
152. — «Jaque Mate». — Law Space.
153. — La ciudad monstruosa. — H. S. Thels.
154. — Parásitos cósmicos. — Law Space.
155. — El principio del Edén. — Clark. Carradas.
156. — El tirano del Universo. — Johnny Garland...
157. — Lobos del espacio. —Clark Carrados.
158. — Los últimos selenitas. —Roy Silverton.
159. — Cárcel de acero. — Clark Carrados.
160. — Supervivientes. — Law Space
161. — La puerta infinita. — Clark Carrados.
162. — Semilla cósmica. — Johnny Garland.
163. — Safari. — Clark Carrados.
164. — El planeta de los hombres perdidos. — H. S. Thels.
165. — La espoleta. — Clark Carrados.
166. — Tendré tu piel. — Law Space.
167. — Mercenarios del espacio. — Clark Carrados.
168. — La venganza de los hibernados. — Law Space.
169. — Planeta XII. — Clark Carrados.
170. — El secreto de los «yetis». — H. S. Thels.
171. — Las moscas. — Johnny Garland.



Escena de la película TORPEDO

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos